



1470

ALBUM

DE

LA SOMBRA

1874.



HABANA.

Editores Propietarios:

VIUDA DE SOLER Y COMPAÑIA.

ADMINISTRACION:

IMPRENTA MILITAR.

RICLA 40,
Ayuntamiento de Madrid

ALBUM

1875



HABANA

AYUNTAMIENTO DE MADRID



A GUISA DE PROLOGO.

Mucho lo hemos dicho.

Ya parecíamos pesados.

Ya casi había derecho á dudar de nuestras promesas.

Pero así pasa siempre con los inocentes y mártires de la verdad.

Llega, al fin, un momento, en que el vicio queda derrotado y triunfante la virtud.

Ni más ni menos que lo que pasa en todas las comedias.

Pero, al grano.

Lo teníamos previsto.

Debía llegar de un día á otro y... ¡ya llegó!

No nos referimos á los radicales, de quiénes se sabe, por desgracia, que están otra vez desbaratando á España.

Lo que acaba de llegar á la Habana es más *radical* que todo eso.

¡El ALBUM DE LA SOMBRA!

¿He dicho que era más *radical* que todo eso, verdad?

Pues bien, sí, lo sostengo.

El ALBUM DE LA SOMBRA es la curacion radical del mal humor.

¡A peso el frasco!

Basta ser suscriptor á ese periódico que, no porque esté yo delante, pero la verdad es que vino al mundo con mucha gracia y mucha oportunidad.

A rumboso no le gana ni Márquez Sterling.

Por eso ha echado la casa por la ventana y hoy sale de la *sombra* á la *luz*.

Este es un libro que se presenta en la escena del mundo con la sonrisa en los labios y las manos en los bolsillos; única cosa que, como pobre, puede meter en ellos impunemente.

No deja de tener su mérito, en estos tiempos, eso de regalar algunos centenares de pesos.—Pero todo vá en obsequio de ustedes, señores lectores y lectoras.

Este libro viene saltando, bailando, danzando—y rabiando.

La ajitacion del camino le ha hecho salir los colores á la cara, y por eso se presenta á ustedes con una cubierta como un pimientito de la Rioja.

Pensamos evitar éste parecido con el gorro frigio y ponernos pálidos, envueltos en una capa de color de tórtola inocente.

Pero éste color—de *lila*—se lo hemos dejado á *Juan Palomo*.

En fin, escrito éste librito para todos los gustos, en serio y en broma, es un librito muy amable, muy cariñoso..... ¡incapaz de hacer un desaire á ninguno que traiga un peso para suscribirse!

Hubiera querido llegar ántes á saludar á ustedes, pero le han detenido ciertos compromisos y el temor de que se le confundiera con las máscaras.

Aunque ha pasado el Carnaval, no crean ustedes que por eso ha pasado la época de las bromas de buen tono.

Esta época dura todo el año y no pierde ripio, como sucede con el camelo que dá *Juan Palomo* á sus míseros y contados suscritores.

Por eso yo me atrevo á bromear con mis lectores en éstas páginas, donde hay de todo como en botica.

Una vez reconocida la oportunidad de tan pistonudo librito, solo queda un recurso: ¡adquirirlo y esperar mejores tiempos!

Para lo cual hay un buen mozo, dispuesto á inscribir en el cuaderno de los valientes, al que desee ser suscriptor de LA SOMBRA.

En el ALBUM, que tendrán ustedes debajo de las narices al leer ésto, se encuentra toda clase de medicina contra la negra, la blanca y la parda melancolía—que la hay ya de todos colores.

Una lluvia de chistosísimas caricaturas inunda sus hojas, y la variedad del texto, unida á la gracia de Dios que rebosa por sus páginas, bastan para llevar al seno de las familias el consuelo y la esperanza.

Entienda el público que si elogiamos hoy el ALBUM DE LA SOMBRA, es porque, no habiéndose publicado hasta ahora, nadie puede desmentirnos.

Y se necesitaba, era ya de absoluta, de imprescindible necesidad, el que alguien tomase sobre sí la heroica tarea de compensar al pú-

blico de la pérdida que experimentó con el naufragio general en que se ahogó la prensa reformista.

Desde entónces á acá, conservador conozco yo que enflaqueció, en tales términos, que ya se podía bañar en el cañon de una escopeta.

Es verdad que la hipocondría es así: cuando agarra á uno, le pone los pelos de la barba tiesos, erizados, convirtiéndola de barba, en un cepillo puesto de muestra en una fisonomía.

Pues bien, si el público está hipocondriaco, LA SOMBRA es su amiga, y se quedará en cueros por volverles la alegría.

En éste ALBUM, que hoy sale á los aires—no siempre han de ser vientos—de la publicidad, hay mucho bueno, algo regular y un poco malo, porque así son todas las cosas humanas.

Pero nadie nos podrá negar buen deseo.

Artículos serios y jocosos, graves y festivos, están aquí confundidos en un ordenado desórden.

Poesias inéditas de los primeros poetas españoles y de otros simpáticos jóvenes, que tambien tienen relaciones con las nueve hermanas, constituyen en el ALBUM una de sus mejores secciones.

Y todo adobado, salpicado y afilegranado con epigramas, dichos, chanzas y chascarrillos de moderna fundicion.

Si no dejo la pluma no páro hasta el año que viene hablando del ALBUM DE LA SOMBRA.

Ustedes lo verán, y ya me contarán sus impresiones.

Por ahora basta.

Memorias á todo el que pregunte por mí.

LA SOMBRA.

POESIAS INEDITAS.

I.

UN MORISCO DE AHORA.

SONETO.

Insomne y soñoliento; con bufanda
 (recuerdo del turbante) en el estío;
 ageno su magnánimo desvío
 del siglo á la ruidosa propaganda:
 Adversario pasivo del que manda,
 y absoluto señor de su albedrío;
 sultan, en fin, sin éxtasis ni hastío
 de las quimeras con que á vueltas anda...

Tal en Madrid el tímido almohade
 pasa por el rosario de la vida
 horas indiferentes grano á grano...
 ¿Qué quiere? Nada quiere. Solo añade
 tinieblas á una crónica perdida.
 oculto bajo un nombre castellano.

II.

EN EL ALBUM DE CONSUELO.

Sé que ya tienes la edad
 que previene el reglamento:
 Sé que te adornan talento,
 gracia, inocencia y bondad.
 Sé que eres una beldad;
 que son tus ojos de cielo;
 que es como el oro tu pelo
 y tu faz de rosicler.....
 --Sólo me falta saber
 por qué te llaman Consuelo.

III.

EN UN ABANICO.

Lo que hayas de mirar por las varillas,
 miralo cara á cara:
 que una jóven no debe ser avara
 del süave carmín de sus mejillas...
 --ni mirar á hurtadillas.

IV.

AL PARTIR PARA CASARME.

Adios, Maria.--Entre los dos la ausencia
 mañana extenderá sus turbias olas:
 la distancia es el tiempo, y en su abismo
 toda ventura terrenal zozobra.
 ¿Quién sabe si en la oscura travesía
 que emprendo, henchido de ilusión hermosa,
 la muerte ó la desdicha tragar debe
 todos mis sueños de placer y gloria?
 Sólo sé que hasta el fin de mi existencia,
 feliz me viere ó en mortal zozobra,
 cruzará el oceano de mi vida
 de tu amistad la plácida memoria.

V.

AL REVOLVER DE UNA ESQUINA.

--Tienes el alma, niña,
 como la cara?
 --Yo, señor caballero,
 no tengo alma.

VI.
COINCIDENCIA.

Tienes los ojos negros....
ojos de luto.
Mi corazón lo lleva
desde que es tuyo.

VII.
PRIMERA HAZAÑA

de la Excmo. Sra. doña María B.....

SONETO.

Del ágrío risco solitaria dueña,
la dicha armada del harpon luciente,

ved á la hermosa indiana adolescente
tendida al borde de tajada breña.

La verdosa cerviz no bien enseña
cauteloso lagarto, diligente
le asesta el golpe; y, trémula, lo siente
forcejear, clavado yá en la peña.

¿Quién hizo tal? ¿Dó está la cazadora?
¿En qué trono se sienta? ¿qué salvages
viven bajo su excelsa tiranía?

Convertid á la indiana en gran señora,
y la hallareis luciendo ricos trages
Su imperio está en Madrid. Ella es María.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

A PAULINA ⁽¹⁾

Paulina, sobre estas hojas
que yo de Francia te traje,
los poetas españoles
vendrán á escribir cantares.
Todos los de nuestra tierra
se honrarán con dedicárteles,
y no habrá tono, Paulina,
ni metro en que no te canten.
Cuando tu álbum esté lleno
de encantadores paisajes,
de comarágicas orlas,
de primorosas imágenes,
de motes y cantilenas,
de siempre-vivas del arte,
de flores frescas del alma,
inmarcesibles, fragantes.....,
posa tus ojos serenos
de luz tibia y mirar suave
sobre estas frágiles hojas
ménos que mi vida frágiles,
y acuérdate del que este album

te hizo abrir en tus hogares
para que en él tantas flores
tantos ingenios derramen.

Y cuando esté lleno el álbum,
y ya en la tumba descansé
el que de él te hizo presente
para que de él te acordases,
haz que tu hija, segun crezca,
esta página repase;
hazla que aprenda mi nombre,
que conozca mi semblante,
y con las santas plegarias
con que á Dios á encomendarse
la enseñes, Paulina, enseñale
á que á Dios por mi demande.

Yo abro este libro á las almas:
con flores del alma págame:
paga al poeta su ofrenda
con las plegarias del ángel.

JOSÉ ZORRILLA.

LA REDACCION DEL PERIODICO DEMOLEDOR.

—¡El Rayo!
—¡El Rayo! ¡El Rayo!
—El primer número de *El Rayo*,
eco de la fraternidad universal.
—¡El Rayo! con las sentencias de

muerte de Pi, Castelar, Figueras,
Orrense, &.

Al oír estos gritos por esas calles
del gobierno, cualquier forastero se
preguntará: ¿qué es *El Rayo*?

(1.) Esposa de Pedro Antonio de Alarcon, regala un Album.

ALBUM DE LA SOMBRA.



¡Cuba libre..... de los españoles!

ALBUM DE LA SOMBRA.



La poesía parlamentaria.

Pero los que vivimos en esta elegante y distinguida capital de España, en seguida caemos en la cuenta.

El Rayo, nos decimos, es un periódico demagógico, que viene á la prensa con la mision elevada de destruir la sociedad actual, levantando sobre sus ruinas un patíbulo para las sociedades que vengan despues.

Es un gorro frígjo sin cabeza.

Y, efectivamente, el forastero ad quiere por dos cuartos la felicidad de poseer un ejemplar de *El Rayo*, y la bienaventuranza de no poder dormir en toda la noche, si tiene la debilidad de leer, que si la tiene, si quiera el articulo de fondo.

El lema del diario es el siguiente:

«Abajo el pasado y el presente, arriba el porvenir.»

A los lados del título del periódico, se ven dos rectángulos imitando dos losas funerarias, y dentro de ellas dos máximas humanitarias.

La de la derecha dice: «Pan y guillotina.»

Y la de la izquierda: «Salud y petróleo.»

La cabeza ó epigrafe del articulo de fondo, dice en letras muy gordas:

«Pueblo, hénos aquí dispuestos á asesinar á tus miserables verdugos, á pulverizar á los tiranos que te roban, que te envilecen, sugetando á los fragiles é inocentes entre tus hijos al fallo de un juez asalariado y bandido.»

«Sí, porque el código, es la rémora de la libertad de los pueblos, y los presidios el pago que dan los ladrones y los apóstatas á los honrados trabajadores.»

«¡A las armas! ¡A las armas! ¡Estamos envilecidos!»

Et sic de ceteris.

El efecto que un periódico semejante produce, es indescriptible. Hay quien se marcha de Madrid y de España á los dos dias de leer alguno de los belicosos artículos de *El Rayo*; hay quien cierra las puertas de su casa y toma el rewólver, de cuyo

argumento no vuelve á separarse ni en sueños; hay quien llora, quien limpia el fusil y se coloca la canana como si hubiese llegado el momento de poner en práctica las teorías de *El Rayo*, y hay quien goza con tanto desatino y se rie de los crédulos y de los publicistas de bodegon.

Y, seguramente, si los timoratos pudieran conocer á algunos de los redactores y aparecerse un dia por la redaccion, donde se elabora el fenómeno demoledor, no lo tomarían tan en sério ni se preocuparian por la aparicion de *El Rayo*.

Figúrense ustedes, los provincianos, los que, para su honra, no comprenden el puf de la villa coronada y sus detalles, que la redaccion de *El Rayo* está situada en una de las calles más insignificantes de Madrid, y en un piso bajo, porque los redactores creerian que faltaban á sus principios si la redaccion se estableciese en buena calle y en un piso principal.

La habitacion es oscura, húmeda y huele á queso.

Está prohibida la limpieza, como un achaque vanidoso de las clases privilegiadas de la sociedad, porque todos los hombres limpios se consideran como pertenecientes á una de esas clases favorecidas injustamente por los malos gobiernos.

No hay ordenanzas ni criados en la redaccion, por evitar ese estigma social á algun individuo y por no aumentar el gasto. El director cierra los paquetes y los lleva al correo, y los redactores alternan semanalmente en la práctica de los asuntos de primera necesidad. Es decir, suben la bebida de la taberna más próxima y echan tinta en los tinteros; ámbos líquidos indispensables para el trabajo que voluntariamente se han impuesto unos cuantos hombres desinteresados por prestar un servicio á sus hermanos del pueblo.

El reparto se hace tambien, por ellos mismos.

Se reduce el mobiliario de la redacción á una mesa de pino pintada por el tiempo, y algunas sillas que fueron de Vitoria y en la actualidad han renegado de su origen muchas veces.

Sobre la mesa se ven muchas cuartillas y un par de jarros manchegos, que contienen algunos litros de peleon, dos ó tres tinteros de plomo, rewolvers, navajas, sables de caballería y un trabuco.

El director fraterniza con sus co-redactores, y se comunican unos á otros los maquiavélicos planes de la revolucion que siempre se está acercando y luego se desvanece como una figura de fantasmagoría.

A la hora de redactar el diario demoleedor, cualquier hombre cuerdo pasaría allí un buen rato.

El director está pensando el artículo de fondo, los redactores hojean la prensa que les hace el honor de admitir el cambio, y recortan papeletos, soñando recortar cabezas, y arrojando con indignacion los periódicos despues de hacerles la autopsia.

De cuando en cuando se oyen discusiones como la siguiente.

El director á uno de los redactores.—Otra remesa de *bigradieres!* ¡Esto es infame! ¡Las tijeras!

El redactor.—Tómalas, y ya te he dicho que se dice *brigadieles.*

Otro redactor.—¡Ham! (comiéndose un suelto de *El Imparcial.*)

El impresor (entrando con la gorra calada hasta encontrar el obstáculo de las orejas.)—Todavía existen los ladrones que nos oprimen? ¡Original!

El director.—Bebe y aguarda que no soy ningun esclavo.

El impresor bebe en uno de los jarros y se limpia el morro con el dorso de la mano.

Un redactor.—Como en tu casa se ha tirado un periódico conservador, has tomado unas mañas.....

El impresor.—Yo soy más libre que tú cien veces.

El redactor.—¿Más? Yo no me he vendido nunca.

El impresor.—Ni yó, que gano mi trabajo con el sudor de mi establecimiento.

El director.—Hay en mi vecindario un empleado que hasta que no le corte el cuello, no estoy contento. ¿Quién ha visto *El Progreso?*

Un redactor.—Y yo á mi casero.

El diario demoleedor vá saliendo insensiblemente de aquella asamblea, y al siguiente día, es el asombro de las gentes sencillas, y el encanto de sus redactores y de una docena de personas de lo más escogido de la nobleza, que le oyen deletrear al mozo de cordel ó al zapatero de viejo.

En la redaccion de *El Rayo* se celebran clubs á puerta cerrada y se reunen en familia los hombres más calientes por la bebida que viven en el barrio.

Allí se hace el reparto *in menti* de la casa del vecino y de las mercancías del tendero que vive enfrente. Allí se dictan las primeras disposiciones para el momento de la lucha á mano armada, y se reparten nombramientos imaginarios de magistrados y ministros.

En aquella redaccion todo es impo-nente. Si tienen ustedes la desgracia de entrar á suscribirse al diario, para ayudar á la digestion, todos los colaboradores echan mano á la navaja ó al espadin ó al trabuco, y les echan á ustedes el quién vive.

Si observan que algun individuo, pasea por delante de sus rejas aguardando á la muchacha que vive en el piso segundo, ó haciendo señas á la que vive al lado, se escaman y lo consideran como un esbirrio del Gobierno, ó un espía puesto por el Gobernador, ó por el Capitan General del distrito, ó por el Vicario Eclesiástico.

De seguro en el número correspondiente al dia inmediato, insertarán un suelto en que se diga poco más ó menos.

«Sabemos que se nos vigila, que se

intenta atropellarnos, herirnos á traicion.»

«Pues bien; que vengan, que vengan, que vengan ciento contra uno, mil contra uno, un millon contra uno.....» (Errata de imprenta, cuya realizacion no desesperaría á ninguno de los redactores de *El Rayo*.)

«Que vengan y hallarán la muerte.»

«Muerte á los tiranos.»

«Muerte á los bolsistas y monopolizadores.»

«Muerte al clero y á la aristocracia y á la clase media.»

«¡Muerte al capital!»

Despues se lee en alta voz el suelto en cuestion, y todos juran morir en donde puedan, antes que dejarse tiranizar ni venderse.

Y así suele suceder á algunos por no hallar quién los compre.

Algunas veces turba la buena armonía de la redaccion un disgusto pasajero y aún otras várias el periódico sucumbe por desavenencias, entre los redactores.

La cuestion administrativa suele ser la causa de uno y otro.

El diario no se vende, la suscripcion no aumenta, y se planta en cincuenta ejemplares en toda España, Extranjero y Ultramar. Y aunque el pago de la suscripcion, ha de ser adelantado, muchas veces no lo es, y aun cuando lo sea, con el producto de cincuenta números, no puede sostenerse una publicacion tan esmerada como *El Rayo*.

Se empieza por la falta de papel y se concluye por la carencia absoluta. En este caso el periódico muere, pero muere con honra; su artículo de despedida amenaza á la sociedad con el próximo cataclismo, y la redaccion de *El Rayo* dice que deja la pluma para echarse al campo, lugar donde halla consuelo el afligido, y se esparce el ánimo, principalmente si es primavera.

El director dice por todas partes, que su periódico ha muerto á mano armada por los sicarios del Gobierno.

Los redactores hacen correr la noticia de que se ha vendido el director, lo cual se conoce enseguida, que se vé su levita, y se demuestra al contemplar su sombrero.

El puñado de lectores habituales de *El Rayo*, no sabe á qué atenerse, ni aún cómo sostenerse algunas noches, que se embriaga en la taberna, á donde concurre, con el dulce néctar de la política patibularia.

Durante algunos dias aparecen en diferentes periódicos las oraciones fúnebres compuestas para estos casos.

Unos dicen: «Nuestro colega *El Rayo* ha cesado de publicarse; más vale así.»

Los más enemigos, pero encubiertos, le dedican un piropo y dicen: «*El Rayo*, órgano de los más entusiastas demagogos, ha suspendido su publicacion. Lo sentimos de veras, porque era un periódico muy recomendable por su energía y buenas formas.»

En otros se lee: «Nuestro querido colega y correligionario ha muerto á traicion: no teman sus hombres que aquí quedamos nosotros. Salud y patíbulo.»

Y, por último, los diametralmente opuestos, le largan el siguiente responso: «Ha caido *El Rayo*; pero por fin ha caido en despoblado, y ya se encargará de él la guardia civil.»

Suele suceder que alguno de los redactores del periódico demoleedor, al poco tiempo de dejar de serlo, empieza á vestirse de persona, y á afeitarse y á colocarse en alguna oficina del Estado. Desde aquel momento, ya no vuelve á pensar en los cataclismos. Por el contrario, cada vez que oye hablar de crisis se estremece, porque aunque todavía se conserva puro, segun él, comprende que con tantas agitaciones no hay gobierno posible, y que no está el pueblo preparado aún para las grandes reformas sociales, y que veinte ó veinte y cinco duros de paga segura, le dan bastante á él para comer, ménos

demagogicamente que solia hacerlo.

De prudentes es mudar de opinion, y no habrá quien censure á un pobre hombre, que, en lugar de echarse al campo como él ofrecia en *El Rayo*, se ha echado al presupuesto. Y lo que es lo mismo, que en vez de e-

charse á perderse ha echado á ganar.

Y como tambien es de prudentes no cansar á los lectores con impertinencias como las que dejó apuntadas, me despido de los míos, poniendo aquí punto final.

EDUARDO LUSTONÓ.

MELODIAS.

MI CONSUELO.

—Vida, no me seas molesta
y cesa de atormentarme.
—¡Por Dios! mi bien, de adorarme
te cansaste ya?... ¿contesta?
—Mas tanto sufrir.....
—Escucha
—Mas tanto penar.....
—Y qué?
—Desfallezco.....
—Yo seré
quien te sostendrá en la lucha.
—Deliras ¡ay!
—No por Dios.
—Sueñas.
—Mas no con visiones.
—¿Tienes fê?
—En mis oraciones,
y en el amor de los dos,
—Luego esperas.....
—Si que espero.
—Luego me amas.....
—¡Dios mío!
él me robó mi albedrío
y aún pregunta si le quiero!
—¿Quién eres tú que mi duelo
enjugas con tal dulzura?
—Soy tu ilusion.
—¡La más pura!
—Soy tu vida
—¡Mi consuelo!

MI ESPERANZA.

—Es imposible.
—No veo.....
—Es luchar contra un gigante.
—Piensa en mí.
—Sufri bastante,

no puedo más.....

—No lo creo.

—¿Dudas?

—Nunca de tu amor,

—¿Pero mi fuerza?.....

—Te engaña.

—¿Y quién ¡ay! la desengaña?

—Yo que alivio tu dolor.

—No quiero, que en vano luche.

—Espera.

—Perdí la fê.

—Mira mis ojos.

—No sé.

—Oye mi acento.

—No escucho.

—Tiende los ojos tras tí.

recuerda como te hallé,

lo que me juró tu fê,

lo que yo te prometí.

Envuelta en torpe celaje

se encontraba tu existencia,

el bajel de tu conciencia

lo inundaba el oleaje....

Y entre el veloz torbellino

que al abismo te arrastraba

á mí, Dios me señalaba,

para torcer tu camino.

Yo el celaje dispé

con la aurora de mis ojos,

y con tus tristes despojos

nuevo espíritu formé.

Tú no eres dueño de tí

á mí me lo debes todo,

yo te levanté del lodo

donde estarías aún sin mí.

En cambio sin duda alguna,

hoy tu futuro compara,

¿no vés impresa en mi cara

la huella de la fortuna?

—¡Cielo santo!
 —Vuelve en tí.
 —¡Qué singular sensación!
 —Escucha á tu corazón
 y le oirás latir por mí.
 —¿Más quién eres tú, no atino,
 que así me vuelves la vida?
 —Soy tu ilusión más querida.

—¡Bendita seas!
 —Tu destino.
 Soy el iris de bonanza
 que te ofreció mis amores,
 soy quien calmo tus dolores.
 —Te adivino: *¡mi esperanza!*

IGNACIO GUASP.

A UNOS OJOS.

¿Qué valen los resplandores
 Del estío que vá á morir,
 Ni qué del sol los fulgores
 Cuando acaricia las flores
 Para hacerlas entreabrir?
 ¿Qué valen las luces bellas
 Que en el azulado mar
 Vierten las claras estrellas,
 Ni las fugitivas huellas
 de la luna al declinar?

El rayo puro, argentado
 De un astro deslumbrador,
 ¿Qué vale, si es comparado
 A vuestro fuego abrasado,
 Si me miráis con amor?

Castos y brillantes ojos
 Que el fondo del alma veís,
 Que infundis tristes enojos,
 Placer, ventura, sonrojos
 Y todo cuanto queréis.

Si el bello color del cielo
 Con orgullo no ostentais,
 Sois fuente de gran consuelo
 Y de belleza modelo
 Si con dulzura miráis.

De la noche el manto oscuro,

Del mar el verde color
 No lucís; pero aseguro,
 Que nada más casto y puro
 Puede soñar el amor.
 Y ni el sol desde el Oriente,
 Ni la azul inmensidad,
 Ni la luna refulgente
 Ostentan alegremente
 Vuestra dulce majestad.

Ojos que en sueños divinos
 Contemplo con dulce afán,
 Sois luceros peregrinos
 Que me mostráis los caminos
 Donde las dichas están.

Miradme siempre arrobados
 Con infinita pasión,
 Con ímpetus abrasados,
 E inspirad sueños dorados
 A mi pobre corazón.

Y cuando mi frente pura
 Se doble al golpe fatal
 De pareca funesta y dura,
 Alumbrad mi sepultura
 Cual lámpara funeral.

RAQUEL.

Enero, 29 de 1874.

VOTOS DE UN ESPAÑOL.

ODA.

¡Númen divino, que la clara mente
 del cantor encendiste de Lepanto!
 ¡Musa sublime, que inspiraste ardiente
 la cítara inmortal del gran Quintana,
 del laureado vate, cuya frente
 fué sol de la poesía castellana!
 Préstame un rayo de la luz que crea,

y haz que mi canto, que la España inspira,
 de gente en gente repetido sea.

¿Por qué no tiene mi entusiasta acento
 el ímpetu violento,
 la fuerza portentosa,
 que en la ciudad de Jericó famosa
 el Dios de las batallas
 infundió á las trompetas israelitas,
 á su fragor hundiendo las murallas?

Entónces de mi lira
heriría las cuerdas, y al rebelde
que, armado del puñal y de la tea,
los campos tala de la hermosa Cuba,
postraría á mis pies; y, ya rendido,
lo envolvería el manto del olvido,
que nunca guarda rencorosa saña
en su gran corazón la noble España.
No vacileis ya más, que vuestra suerte
está en el seno de la madre pátria.
¡A sus brazos corred y no á la muerte!

¡Vuestra Madre!.. Es verdad: ¿quién sinó ella
al profundo misterio de Oceano
la América arrancó? ¿No fué Isabel,
la Católica Reina de Castilla,
la que dió la gloriosa carabela
cuya cortante quilla
á descubrir un mundo osada vuela?

¿Quién sino el brazo de Colon un día
la enseña de Isabel y de Fernando
gloriosa tremolando
por vez primera en la region indiana,
destruyó la feroz idolatría,
y las charcas secó de sangre humana,
encendiendo en el pecho del caribe
la sacra antorcha de la fé cristiana?
¿Quién al pié de esa cruz, que al hombre salva
enseñaba á las tribus ignorantes
á deponer sus ódios y querellas,
á orar de hinojos al nacer el alba,
y al pálido fulgor de las estrellas,
en la armoniosa lengua de Cervantes?

¡España! ¡España fué!.. ¡Vuestra memoria
legó al olvido que sus sábias leyes
y su cultura os dió? ¿De nada sirven
tan altos dones y tan pura gloria?
¿No recordais tampoco los abuelos,
que á vuestros nobles padres enjendraron?
Vuestros padres, que exentos de recelos,
de envidia vil, de ingratitud insana,
siempre y siempre se honraron
en ser los hijos de la raza hispana.

¡Ah! si pudiesen sus sagradas tumbas
un hora abandonar!... Si esos varones
de inquebrantable lealtad modelo,
os oyesen gritar con loco anhelo
¡Muera España! una vez, ¡ay, desdichados!..
El fogoso andaluz, el astur noble,
el catalan y el cántabro indomables,
el bravo aragonés, todos á un tiempo

de la paterna maldición el rayo
con santa indignación fulminarian,
y avergonzados de sus propios hijos
al fondo de su tumba tornarían.

¿Lo dudais? Pues oid: los españoles
desde el albor de su brillante historia,
desde el antiguo Ibero,
que en Sagunto y Numancia
dejó por siempre al universo entero
monumentos de gloria y de constancia,
hasta el jóven labriego,
que ayer mismo en Bailén hizo pavesas
las triunfadoras águilas francesas,
guardan siempre en el fondo de su pecho
el amor á la patria idolatrada:
todos somos soldados si peligra,
todos sabemos manejar la espada.

Pensamos en los bravos capitanes
que á remotas regiones
llevaron los Castillos y Leones
de la victoria en el brillante carro,
y nos abraza al punto el santo fuego
que abrasó á Hernán Cortés y al gran Pizarro.
¡Si lo dudais aun, juzgadlo fuego!

Dos hijos tengo, gloria de sus padres,
delicia de mi hogar, tiernos capullos
del bendito rosal de mis amores.
Rodó su cuna en la dorada arena
de la bella *Borinquen*, y sus frentes
engalanaron tropicales flores.

Pues bien: si esos dos cándidos infantes,
en los que siempre están mis ojos fijos,
mis ojos cariñosos y anhelantes,
han de olvidar su patria, renegando
del nombre de españoles y mi nombre,
mis votos escuchad, y no os asombre:

“Dios mío, si mis hijos
“deben cubrir mañana
“de vil oprobio mi cabeza cana;
“si ciegos, seducidos, inexpertos,
“despreciando mi voz y mis clamores
“intentan ser traidores,
“que los vean, Señor, mis ojos, muertos!”

E. SANCHEZ DE FUENTES.

Habana, 16 de Julio de 1871.

LAS CUATRO SOTAS.

Si *el estilo es el hombre*, creo que puede aplicarse también esta gran verdad á la mujer.

Oigámosla hablar y en la sencillez de los asuntos que de ordinario trata, se refleja su carácter de una manera difícil de equivocarse.

De soltera habla de bailes, de modas, de amores, del matrimonio—por referencias—y descubre, inconscientemente, su afición á las diversiones, á los *trapos*, á los galanteos, y al sétimo sacramento.

De casada *cuenta* (con alguna reserva) *de la feria como le va en ella*, revela sus dotes hacendistas, su amor á la prole ó al perrillo que sustituye la que que Dios la negó.

Y de viuda, recuerda al difunto cuando habla con las amigas, se muestra liberal, quiero decir, contenta de su libertad, y sin embargo, no le diera gran cuidado encontrar un nuevo yugo que la oprimiese.

Esto, en cuanto al estilo hablado.

Como la mujer escribe poco, es ménos conocida que el hombre por sus escritos.

El día que abandonen las poetisas, las novelistas, las críticas, las científicas y las políticas tanto como en el género masculino abandonan, tendremos que reformar nuestros juicios respecto á la mujer.

Porque, á pesar de lo dicho, no me cabe duda de que entre las mujeres puede encontrarse el estilo sublime, el templado, el ático, el gracioso, el vehemente y tantos otros como se distinguen en retórica.

Y si no, díganlo las epístolas amatorias, género de literatura á que generalmente se dedican y en el que algunas son tan fecundas, que bastaría esto para asegurar la fertilidad de sus plumas, si, echando á un lado erróneas preocupaciones, se abrieran á su educación campos que, si

no les está vedado invadir, muchas evitan pisar, temerosas de la crítica.

Y hé aquí llegado el momento—que ya se me iba extraviando—de justificar el título de estas líneas.

Conservo yo cuatro de esas epístolas, *debidas* á la pluma de otras tantas mujeres, que allá en tiempos ya lejanos, ocuparon un lugar, si no en mi corazón, en mi cabeza, y de ellas me voy á servir, asimilándolas á las *sotas* de la baraja, tanto para determinar los caracteres de las autoras de estas cartas, como para manifestar los diferentes estilos en que están escritas.

Leedlas si gustais:

SOTA DE OROS.—*Estilo interesado.*

«Caballero: Agradezco en todo su valor las galantes frases que me dirige en su apreciada carta, á las cuales no me estimo acreedora; mas si un fin desinteresado y recto es el objeto de sus pretensiones; si, como no dudo, cuenta con medios suficientes para cubrir las atenciones inherentes á la esfera en que me hallo, puede usted desde luego, con mi beneplácito, enterar á papá de su proyecto, en la seguridad, de que su único deseo, es, asegurar la felicidad de su hija, accediendo gustoso á los sentimientos de su corazón.»

»Entre tanto, cuente usted con las simpatías de su afectísima amiga.»—
OROSIA.

SOTA DE COPAS.—*Estilo embriagador.*

«Amado mío: ¡Qué feliz soy desde que me amas! Sin tu cariño detesto la vida; el más leve de tus desvíos me haría apurar el cáliz de la amargura hasta su última gota: repíteme que me amas una y mil veces, si, que tus palabras son el perfumado rocío de la mañana de mi existencia, el ambiente embalsamado en que quie-

ro embriagarme para morir de felicidad.»

«Esta noche voy á casa de las Fernandez.»

«No me olvides, idolatrado mio y ni por un momento dades del inmenso amor que te profesa tu!» — FLORENTINA.

SOTA DE ESPADAS.—*Estilo punzante.*

«Muy señor mio: Si ha pensado usted seguir en sus devaneos, está muy equivocado, porque mujer y todo, soy capaz de hacer una que sea sonada. Herrar ó quitar el hanco, que nó estoy yo aquí para perder mi tiempo con hombres tan informales como usted. Cortemos de una vez si

gusta, que yo estoy dispuesta á todo ménos á pasar la plaza de tonta. Bastante le he aguantado á usted para mi génio; con que, contésteme sin evasivas y dentro ó fuera, que así lo desea su amiga.» — CLARA.

SOTA DE BASTOS.—*Estilo vulgar.*

«Mi masque rido amol: Loque te digue haller de la Paca no es beldaz isi telo dije fué pol provalte, io testa ré queriendo siempre iquando tu me tengas en tu coracon y simeor vida ses aunque no pueda teol vidare, no fartes oy sin falta porqe tengo que desirte muchas cosas. adios remono no mio tuya asta la tumbal lerta.» — BARBA RITA.—F. JAVIER RUIZ.

EN LA MUERTE DE MENDEZ NUÑEZ.

Faltábale á España
Tremendo castigo;
Venganza sangrienta
El hado tomó;
Jamás tan alegre
Se vió al enemigo;
Jamás tan dolida
La patria se vió.

Sus naves semejan
Fantasmas latentes:
La luna, rojiza
Tambien de llorar,
Envuelta entre nubes
Escucha dolientes
Los hondos gemidos,
El llanto del mar.

El mar, que orgulloso
Llevaba en sus brazos
De oriente á poniente
Su heróico valor;
El mar, que acojía
Su sangre candente,
Vertida en las aras
De incólume honor.

¿Por qué de los mares
Le trajo el destino?

¿Por qué de la tierra
Al mar no volvió?
¿Qué mano alevosa
Torció su camino?
¿Qué espíritu infausto
Sus glorias turbó?

Sus chispas de gloria
Mi mente exaltando,
Soñando despierta
Su fin vislumbre;
Y así en su venida,
Su mal anunciando,
Al par de sus triunfos
Sus riesgos canté.

¿Qué poco su acento
Sonó en los oídos!
¿Qué poco en la tierra
Duró su mirar!

El mar se ha llevado
Sus años floridos;
Sus tiernos amores
Han sido del mar.

Inmóble en la roca
Del fervido Atlante,
Inquieta ya el alma
Estaba por él;

ALBUM DE LA SOMBRA.



La prosa ejecutiva.

ALBUM DE LA SOMBRA.



¡¡ Ideal Yankee !!

Mas dice en el viento
El hilo vibrante
Que el piélago eterno
Cruzó su bagel...

Entónces recorro
Del agua el abismo,
Sus senos penetro
Con ánsia y horror;
Al polo me lleva
Leal fanatismo,
Su muerte dudando,
Temiendo al dolor.

De vasta penumbra
Las vívidas olas
Su sombra tendida
Semejan allá.
La ola que viene
Parece su vida,
Parece su muerte
La ola que vá.

¡Qué blanca y qué pura
Brillando en la playa
Los niños risueños
La vieron venir!...
¡Qué vaga y oscura
Deshecha en la arena
Al Ponto infinto
La vimos huir!

¡En qué breve espacio
El genio se encierra!
¡Del bruto elemento
Qué extenso el poder!

Y el genio se apaga
Y el mar y la tierra
Se quedan vacíos
Sin voz y sin ser!

Después que ha volado
Su espíritu al cielo,
Después que su pecho
Dejó de latir,
¿Quién busca en la pátria
Ni amor ni consuelo;
Quién sueña con gloria:
Quién sufre el vivir?

Deshecha borrasca
El Norte oscurece,
¿A dónde la nave
sin él vogará?
¿Sin tí quién navega;
Sin tí quién ya sabe
Adónde está el puerto,
La luz dónde está?

Sin tí la tiniebla
Tendremos ya solo;
Perdimos contigo
La estrella y el sol.
¡Qué noche tan larga
la noche del polo,
La noche que dejas
Al cielo español!

CAROLINA CORONADO.

S. Sebastian 23, Agosto 1869.

CAPITULO DE UN LIBRO INEDITO.

XI.

NIEVE EN EL CORAZON.

Al llegar aquí, me siento fatigado y necesito descansar. Necesito reconcentrar todas las fuerzas de mi espíritu, para apreciar toda la extensión de mi desgracia, y descubrir la salida de este círculo de hierro, en que me ha encerrado la candidez de mi corazón.

Yo bien sé que no es posible ir contra las leyes de la naturaleza, entre las que tanta fuerza tiene la ley de la variación, pero no puedo menos de afligirme ante la inestabilidad de las cosas. ¿Con cuánta mayor razón no me afligiré ante la inestabilidad de las cosas morales?

He dicho varias veces en el trascurso de esta relación, que dudaba de que Clara fuese una mujer. ¡Oh, sí! escuchad mis razonamientos.

Si las mujeres son á veces más consecuentes que nosotros en sus acciones, es que su imaginacion abraza ménos objetos, y sólo ven distintamente uno de ellos. Tambien hay otra razon que hace el elogio del corazon de la mujer; es que sus afectos son más constantes y hacen más regular su vida. Si una mujer separando extemporáneamente su espíritu y su corazon, abandona el sentimiento, creyendo así poder cumplir su deber, equivocará el camino, porque como su imaginacion no es bastante extensa, ni su génio completo, dejará pasar desapercibidas muchas cosas importantes que destruirán la felicidad. Esta razon semilúcida, la hace encallar en donde el amor la hubiera conducido á ciegas.

Llamo la atencion sobre lo que dejo dicho últimamente, pero que no es aplicable á Clara, porque ésta, al separarse del camino del sentimiento, ha equivocado tambien la senda del deber. Los que hayan leído cuanto aquí reseño, estarán conformes conmigo.

Y la prueba es la siguiente. La dulzura de las mujeres vá siempre acompañada de debilidad. Si quieren, pues, seguir siendo mujeres, necesitan sostener la debilidad y gozar de la dulzura. Si, pues, una mujer ambiciosa y orgullosa, de carácter viril, pretende despojarse de su debilidad, pierde desde luego su dulzura sin ganar jamás la fuerza del hombre; de manera que no siendo ni hombre ni mujer; es un monstruo, que nadie sabe por dónde cojerle. Los animales anfibios dan una idea aproximada de ello: si se les persigue por tierra, se arrojan al agua, y desde el agua saltan á tierra, y nunca se les puede echar mano.

¿Era creíble que aquella mujer, cuyos tesoros de cariño y candor parecían inagotables, llegase hoy al estado de decadencia moral en que se encuentra? No puedo responderme á esta pregunta de una manera lógica;

porque la lógica, porque el sentimiento, porque el deber, porque el honor, en fin, claman contra esa lluvia de nieve que ha agostado en el corazon de Clara, los últimos chispazos de una pasion, tan estrechamente unida á todos los sagrados vínculos de la moral universal.

No hay un pretesto, no hay una razon bastante poderosa que pueda vindicarla, y si la mujer esposa puede en ciertas desdichadas ocasiones, perder el amor al padre de sus hijos, nunca la mujer amante ligada por el lazo del honor á un hombre, debe dejar aflojar los únicos vínculos, que la ponen á cubierto del más horrible anatema que puede caer sobre su nombre.

¿Pues qué, sería digno decir «ya no le amo,» confesar «me equivoqué y le desconozco?» ¡Ah, no! Cuando el cristal se rompe, no hay ningun procedimiento para restituirlo á su primitivo estado; una vez lanzada la piedra en el vacío, hay que abandonarla á la ley del movimiento uniforme.

¿Me acrimino yo, acaso, haber contribuido á esa nieve que hiela los sentimientos del corazon de Clara? Podria creerlo si no hubiese visto desde el principio, desde el primer día, una tendencia marcada hácia el mal, por parte de la que tanto me debe.

¿Cómo entónces explicar el avasallamiento completo de mi corazon? No lo sé, pero bien lo adivinó mi alma, que hacia mucho tiempo veia venir los sucesos.

Hoy ya no tengo remedio. En el antiguo y casi arruinado palacio de los papas, en Aviñon, hay una habitacion que mira al mediodía y en la cual se aplicaba el tormento. El paciente, á quien se obligaba á tener los ojos abiertos, debia mirar fijamente al sol hasta que se quedaba ciego.

Este suplicio moral me reserva la suerte: resignémonos.—NINO.

LA REINA DE LAS ANTILLAS.

Bañada por las espumas
del mar que bate su orilla,
con valles que la esmeralda
su eterno verdor envidia;

Con sus enhiestos palmaros
que al huracán desafían,
y sus bosques y sus vegas
que jamás se esterilizan;

Con sus inmensas llanuras
donde entre flores se crían
tabaco que nos deleita,
cañas que azúcar destilan;

Del trópico Soberana
por lo hermosa y por lo rica,
sus bellas galas ostenta
la Reina de las Antillas.

Templan los rayos de fuego
del sol que la fecundiza,
ráfagas consoladoras
de frescas y puras brisas,

Que llegan embalsamadas
por las plantas que acarician,
dando salud y contento
al pecho que las respira.

Minas son sus varias tierras
que pagan, agradecidas,
el cuidadoso trabajo
del hombre que las cultiva.

Y por las gotas que pierde
del sudor que le fatiga,
expléndidas le devuelven,
cuanto anhelante codicia.

Si en noches encantadoras
la argentada luna brilla,
ó luminosos insectos
sus negras sombras disipan,

El pensamiento se eleva,
el corazón se extasia,

y ante las obras de Dios
dobla el mortal la rodilla.

Hasta la tormenta insana
que se desata bravía,
y cuanto encuentra á su paso
lo destroza y lo aniquila,

Sembrando por donde quiera
mortandad, espanto, ruinas,
nos dice que en todo es grande
la Reina de las Antillas.

De sus hermosas mujeres
los negros ojos cautivan,
el talle esbelto seduce,
enamora su sonrisa.

Y si en la danza sonora
sus breves piés se adivinan,
las gracias de las cubanas
se adoran y no se olvidan,

La mano del que sucumbe
al peso de su desdicha,
y se extendió temblorosa,
jamás se quedó extendida.

Que es generosa y humana,
protectora y noble amiga,
con los humildes, humilde,
con los altivos, altiva.

Cuando la Pátria la llama
nunca la encuentra dormida,
y si el peligro se acerca
su valor se multiplica.

Un pensamiento la absorve
que su sacro fuego aviva:
España, la noble España,
dará por ella la vida,
que de española se precia
la Reina de las Antillas.

L. GUASP.

Habana, Julio de 1873.

UNA HISTORIA COMO HAY MUCHAS.

I.

Luis amaba á Enriqueta y Enriqueta..... decia que amaba á Luis.

Enriqueta era alta, esbelta, vaporosa, ideal.....

Luis era moreno, elegante, soñador, poeta.

Enriqueta era la hija mayor de la dueña de una casa de huéspedes.

Luis era uno de sus pupilos.

Se vieron y se amaron.

Luis le dedicó un poema á sus ojos, dos odas á su nariz y cinco sonetos á su boca.

Enriqueta le llamaba su Petrarca, su Romeo, su Espronceda.....

Entre amor y abandono, versos y baba, pasó un año.

II.

Cuando más felices se juzgaban los amartelados amantes, se presentó un señor pequeño, gordo, feo, y lo que es peor, rico, muy rico, ¡como que veía de California!

Cinco días despues de la llegada de aquella etcétera de la naturaleza, Luis andaba pensativo, triste, melancólico.

En cambio Enriqueta se reía mucho..... y se burlaba de Luis..... y le llamaba *romántico!*

Si éste se acercaba á ella—¡ay, qué empalagoso eres!—le decia.

En cambio recibía al viejo con una de aquellas sonrisas que habian enloquecido á Luis.

Aunque tarde, comprendió el infortunado amante, que aquel Creso iba á ser para su tranquilidad lo que fué para Troya la célebre manzana del juicio que presidió Páris.

Pasaron dos días sin que ella le dirigiera la palabra.

El empezó á desesperarse.

Y después, ella se mostró enojada.

El le pidió una entrevista.

Y ella no accedió á su petición.

III.

Una tarde, en la que como de costumbre estaban cosiendo Enriqueta y su hermana menor, aquella dijo á esta.

—Sabes que voy á romper con Luis.

—¿Por qué causa?

—Porque no me conviene.

—¿Te es infiel?

—No quiere á ninguna más que á mi.

—¿Es casado?

—Nó.

—¿Juega?

—Al dominó.

—¿Bebe?

—Agua.

—Pues, entonces.....?

—Es abogado, pero no defiende pleitos ¿comprendes ahora querida?

IV.

Luis notó en la casa mucho movimiento, mucha algazara, mucho trabajo..... ¡la mar de trabajos!

Y después vió que venian vestidos, sábanas, toallas, manteles, servilletas y otros *adminículos*.

—¿Qué será esto?—se preguntaba con frecuencia.

Y vió que la madre y la hija salian muchas veces á la calle.

Y vió que el señor gordo las acompañaba mucho.... mucho... pero mucho!

Y vió que visitaban una casa.

Y vió que á ella llevaban muebles.

¡Mas le valiera no haber visto tanto!

V.

Una mañana recibió por el correo interior una esquila que decia:

«Don Juan Carántula y Doña Enriqueta Voló, participan á V. su efectuado enlace, y se ofrecen en su casa calle de la Amargura número 57.»

La lectura de estos funestos renglones le causó un desmayo.

Cuando volvió en sí pensó en el suicidio.

Y deslió en agua una caja de fósforos.

Apuró la copa con un valor digno de los tiempos heroicos..... y un dolor fuerte de barriga fué el resultado de su criminal intento.

Buseó un rewólver, lo cargó, disparó... y la bala le agujereó el sombrero.

Este fracaso le hizo desistir de su pensamiento.

VI.

Al día siguiente de la *catástrofe* fui á visitarlo.

—¿Como estás?—le pregunté.

—*Solo en la paz de los sepulcros creo!*—me respondió.

Comprendí su estado y le dejé.

Yendo una tarde por un paseo le encontré y volví á preguntarle:

—¿Como estás?

—*Solo en la paz de los sepulcros creo!*

—¡Infeliz!—murmuré.

VII.

El recuerdo del triste fin de los amores de mi amigo me preocupaba bastante.

Cuatro días hacía que no le visitaba suponiendo que serían ineficaces mis consuelos para mitigar sus penas, cuando una noche le vi entrar en el *Louvre*, acompañando á una jóven de diez y siete abriles.

Júzguen Vds. del asombro que en mí causaría la presencia del que me creía entregado á la más horrible desesperacion, y mucho más al verle sirviendo de caballero á una dama, que no me atrevo á calificar porque no me supongan Vds. malicioso.

Pasó la pareja por mi lado, y Luis se detuvo un instante para decirme:

—No te marches, que antes de las diez vendré á darte una explicacion de mi conducta.

Sentáronse, tomaron sorbetes, y á los pocos instantes se marcharon.

VIII.

A la hora prefijada volvió Luis.

—¿Qué tal te parece? ¿tengo buen gusto?—preguntó sonriéndose.

Soy franco lectores: creí estar soñando, pues me parecía inverosímil que el que yo habia visto tan desesperado en días anteriores, fuera el mismo que tan alegremente me interrogaba.

—Ofrecí explicarte mi conducta—dijo—y voy á cumplirlo: óyeme con atencion.

Enfrente de la casa que habito hay una fonda.

Al día siguiente del matrimonio de Enriqueta, vi asomado á una de sus ventanas (de la fonda, no de Enriqueta) el perfil de una cara muy risueña.

Veloz como el rayo cruzó por mi mente el pensamiento de que es muy tonto el abatirse, y me decidí á cambiar de vida.

Al efecto tosi con fuerza, y la belidad de la ventana miró mostrando una sonrisa hechicera.

Le hice señas y contestó satisfactoriamente.

Le enseñé un billete y movió la cabeza en señal de asentimiento.

Loco de contento me decidí á hacer una calaverada. En dos minutos me acicalé y fui enseguida á la fonda.

Encontré á la bella reclinada con abandono sobre un sofá.

Al verme llamóme atrevido.

A la media hora entraba en mi casa gozoso y satisfecho. Le habia dado un beso en la mano y ella me reciprocó dándome un ciento en la boca.

Su aspecto ya lo conoces. Réstame decirte que es *suripanta*, y que bailaba el can-can en los *Dioses del Olimpo* que se representaron en el teatro de Albu.

Al concluir mi amigo su narracion, involuntariamente exclamé:

¡Así es el mundo!

ANTONIO FAVIANY.

CINCO POESIAS.

FRAGMENTOS.

Ruedan los troncos, ruedan los altares:
reyes, naciones, génios y colosos
pasan, como las ondas de los mares
empujadas por vientos borrascosos.
Todo tiembla en redor, todo vacila.
Hasta la misma religión sagrada
es moribunda lámpara que oscila
sobre el sepulcro de la edad pasada.
Y cual turbia torrente alborotada,
libre del ancho cauce que la encierra,
la duda andaz, la asoladora duda,
como una inundación cubre la tierra.
¡Es que el manto de Dios ya no la escuda!
No la defiende el varonil dennedo,
de la fé inexpugnable y de las leyes,
y el Dios de los incrédulos, el miedo,
rije á su voluntad pueblos y reyes.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

LAGRIMAS.

Vosotros que en el alma dolorida
guardais entera nuestra fé cristiana;
porque antes de morir no hallais la vida;
porque hoy pensais lo que sereis mañana...

Si alguna vez al declinar la tarde,
cuando alza el bosque funeral plegaria,
léjos del mundo y su comun fatiga,
hallais sobre una piedra solitaria
escrito el nombre de mi dulce amiga....

¡Derramad una lágrima piadosa
sobre la humilde losa!....

Allí su alma á su sepulcro vela....
¡Paráos un punto á bendecir su nombre!....
Que la tumba del justo nos consuela,
y ¡purifica el corazón del hombre.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

ESTE ES EL MUNDO.

LOLA.

¡Ay, qué lijeros corren
los verdes años!
¡Cuán pronto veinte y cinco
se van pasando

sin un mal novio
á quien tender las redes
del matrimonio!

MARIA.

¿De qué te quejas Lola?
¿de qué te quejas?
No hay más dichoso estado
que el de soltera.
Cásada y viuda,
las horas he contado
por amarguras.

La madre que escuchaba
los dos suspiros,
aseguró la rueca,
retoreó el lino,
dió vuelta al huso,
y murmuró entre dientes:
—«¡Este es el mundo!»

E. GASSET Y ARTIME.

POST NUBILLA FEBUS.

Se oscurece el horizonte,
y en su densa oscuridad
se pierde el llano y el monte.

Empieza á rugir el viento,
y el mar sus olas de plata
ensoberbecé y dilata
en convulso movimiento.

Brilla el rayo, su estallido
Conmueve los corazones,
y entre gemido y gemido
se escuchan las oraciones,
que la fé no se ha perdido.

La tempestad se enfurece,
todo cede á su pujanza
y el fin del mundo parece.
Más vése allá en lontananza
ténue luz que resplandece:
es el Sol de la esperanza.

I. GUASP.

CUATRO PEROS A UNA SONRISA.

Á C. I.

*Empieza como riendo
y entra jugando, jugando,
y vá creciendo, creciendo
lo que entró burla, burlando.*

Niña, si oyes mi cantar,
no te creas que enojado
por tu *sonrisa* he quedado.
ántes bien, me hizo gozar.
Y aunque cosa singular
halles lo que voy diciendo,
de sonrisas poco entiendo,
perc..... me dicen los años,
que *el niño amor* sus amaños
empieza, como riendo.

Dirás que en vano me quejo...
yo sé que soy, sin embozo,
para las viejas, muy mozo,
para las mozas, muy viejo.
Mira, pues, si tu consejo
bien me lo estoy aplicando.



SABER LEER Y ESCRIBIR. (1)

EL HOMBRE QUE SABE LEER.

Este es hoy, amigos míos, el objeto de nuestra lección. Estudiándola atentamente, aprendereis que la lectura y la escritura, no son ramos del saber humano meramente útiles, sino especialmente necesarios á todo hombre, que quiere realmente ser digno de este nombre, y porqué además, ellos son para aquel un manantial fecundo de placeres y alegrías.

«*El hombre que sabe leer, habla y conversa con los ausentes;*» recibe sus confianzas, oye sus protestas de afeccion, sabe lo que hacen, lo que piensan, lo que desean. El papel ó carta que se recibe, cubierto de sig-

*pero eso sí, recordando
que el rapazuelo tremendo
empieza, como riendo
y entra jugando, jugando.*

Tus ojos me cautivaron
¿á qué andar con más aliños?
los ojos siempre son niños
y los tuyos me gustaron:
Sus vivos rayos llegaron
á mi alma... yo bien comprendo
que estoy el tiempo perdiendo,
pero..... prosigo cantando:
*entra jugando, jugando
y vá creciendo, creciendo.*

Que me agradas, es sabido;
que no te agrado, lo sé;
mas, nunca delito fué
ser con las damas cumplido.
Sé que es chocante un Cupido
que, cual yo, está chocheando:
pero..... á mi tema tornando,
diré—tu sonrisa viendo:—
*y vá creciendo, creciendo
lo que entró burla, burlando.*

P. MERINO.

Habana, Enero 1871.

nos por ellos trazados, es semejante á esos talismanes cuya virtud, dícese permite evocar á los amigos ausentes, mostrándolos á nuestros ojos con sus sentimientos y sus ocupaciones. Sin la lectura, los ausentes serían para nosotros como los muertos, pues, que se dejaría de saber donde estaban, en lo que se ocupaban, si se acordaban de nosotros, y si continuábamos siéndoles igualmente queridos. Desechad esas misivas escritas que reviven el corazón y reaniman la memoria, y la mayor parte de los vínculos quedarán rotos por la separación.

«*El hombre que sabe leer, está en comunicación, no solo con sus amigos,*

(1) Este artículo y el siguiente pertenecen á un libro inédito, destinado á las escuelas de instruccion primaria.

sino con todo el Universo:» la tierra no concluye para él allí en el estrecho espacio que puede abarcar con su mirada; participa de la vida comun, no encuentra extranjeros á sus ojos, porque sabe la historia de todas las naciones; ninguna comarca le es desconocida, porque los libros le han enseñado el mundo como en un espejo.

«*El hombre que sabe leer, puede aprenderlo todo:*» la enseñanza le llega directamente sin pasar por la boca del maestro; los libros son para él escuelas siempre abiertas, que le siguen, hasta en medio de su soledad sin que ninguna voluntad pueda cerrarlas.

«*El hombre que sabe leer, no conoce el fastidio:*» tiene á su disposición todo lo que puede despertar su curiosidad, interesar el espíritu, conmover la imaginación. Si quiere viajar lejos, esnechar la narración de los desastres ó triunfos de su país, deleitarse con las inspiraciones de los poetas, asistir á los maravillosos descubrimientos de los sábios, la lectura lo lleva á donde quiere ir.

«*En fin, el hombre que sabe leer, parece que multiplica sus facultades y engrandece su naturaleza:*» ejecuta mil funciones que no pueden ser confiadas más que á él solo. Tiene un sentido más que el ignorante y pertenece, por decirlo así, á un rango más elevado en el orden de los seres.

EL HOMBRE QUE SABE ESCRIBIR.

Hemos hablado de las ventajas de la lectura, en nuestra lección anterior.

«*Pero la lectura no es sino la mitad de la ciencia indispensable;*» ella comienza el hombre social: *«la escritura lo completa.»*

«*El hombre que no sabe escribir,*» lee los pensamientos de los otros, pero no puede hacer leer sus propios pensamientos, oye sin tener la facultad

de responder; ha recibido el oído, pero le falta la palabra. Sus relaciones con los ausentes se reducen á un eterno monólogo, en donde es un auditor mudo; no dispone de ningún medio para hacer á su vez sus confidencias, para dirigir una pregunta, ni para decir lo que quiere.

«*El hombre que no sabe escribir,*» se defiende en vano de las infidelidades de su memoria, pues, que no puede fijar por una nota invariable el recuerdo presente; todo se destruye sucesivamente detrás de él; las fechas, los nombres, las circunstancias, porque nada ha podido detener ligándolo á signos precisos. Su cerebro se asemeja á esas pieles preparadas, sobre las cuales se escribe por un instante una frase ó una cifra fugitiva: al día siguiente borrado está lo que se ha hecho la víspera.

«*El hombre que no sabe escribir, no puede explicar á un ausente el negocio del que depende quizá su fortuna ó su honor.*» Pretenderá en vano hacer entender á los que gobiernan su reclamación ó su queja; obligado á ayudarse de la mano de otro hombre, se encuentra sometido á una especie de infancia eterna; es un niño huérfano que no puede hacer nada sin el socorro de la tutela.

Pero el hombre que sabe leer y escribir, es como el pájaro que ha sentido desplegar sus dos alas; el mundo le queda abierto y ha obtenido una victoria sobre el tiempo y sobre el espacio.

Entonces todo depende del empleo que haga de tan poderosos instrumentos. Desde el paraíso terrestre el árbol de la ciencia ha sido al mismo tiempo del bien y del mal.

Cualquiera que sabe leer y escribir puede ciertamente faltar, pero no será al ménos sin saberlo; su falta no vendrá de la ignorancia, sino de la elección; y puede, y debe ser legítimamente responsable delante de los hombres, como lo és delante de Dios.

ALBUM DE LA SOMBRA.



La policía permite á todos este derecho de reunion.
¡ Viva la moralidad !

ALBUM DE LA SOMBRA.



El pátisperri de la política española en Cuba.

Vuestras familias os proporcionan un beneficio enviándoos á la escuela. Perseverad, pues, porque el tiempo de la juventud pasa rápidamente. Vuestro maestro no desea más que una cosa: contribuir á vuestra felicidad por la instruccion que os infunde. Mientras tanto, no creais que en sabiendo *leer, escribir y calcular, &c.*, habreis adquirido todos los conocimientos necesarios al hombre: aquellos no son más que los medios preliminares para abordar estudios más elevados. No salgais de la escuela con la idea de que estais suficiente-

mente instruidos, sino imponeos por tarea, mirad como un deber el continuar vuestra instruccion, leyendo buenos libros, estudiando la naturaleza, pensando que el hombre no debe dejar pasar un día sin buscar el medio de perfeccionarse, sin subir un grado más en la escala de los conocimientos humanos, en una palabra, sin hacer esfuerzos continuos para mejorar su condicion moral: he aquí el solo objeto de la instruccion.

I. GUASP Y DUBON.

IMITACION Á BYRON.

En un éxtasis sublime
de amante y dulce abandono
me dijiste al despedirnos:
vida mia, yo te adoro.

Y respondí casi triste:
la vida se pasa pronto;
cuando muera, allá en el cielo
te amaré cual hoy te adoro.

Entónces calló mi lábio,
pero te hablaban mis ojos.....
mi alma, que no muere, es tuya,
alma mia, yo te adoro.

CARLOS NAVARRO Y RODRIGO.

MADRIGAL.

No pidas á mi labio balbuciente,
el nombre celestial de la que adora:
amor es niño y huye de la gente:
perfume derramado se evapora.

La flor del beso de las auras vive:
la quema el rojo lumínar del día:
de tu aliento mi amor vida recibe:
mi aliento es un volcan....—Lo quemaría.

Tú, como yo, lo sabes;
tú de mi corazon guardas las llaves;
abre su puerta de oro,
y el nombre allí verás de la que adoro.

ANGEL M. DACARRETE.

EN EL CAMPO SANTO.

SONETO.

Beso tu polvo, tierra bendecida,
egrégia tumba ó miserable foso;
recinto bien hallado y misterioso,
donde se acoje la esperanza huida.

¡Oh sueño de los sueños de la vida!
¡Cuán hondo y apacible es tu reposo.
al arrallo del sáuce perezoso
y al peso de la niebla entumecida!

Gérmen sin alma y vida con olvido,
aquí se queda el corazon inerte,
como embrion de pájaro en el nido:
hasta cuando el Arcánjel nos despierte
con la trompeta de tremante raido
en el día final para la muerte.

ANTONIO ROS DE OLANO.

AMOR Á ESPAÑA.

Cuando se abrieran mis ojos,
vi á mi España, la adoré,
y era su senda de abrojos.

Signió por ella penando
y tropezando y cayendo
iba su vigor gastando
y mi amor iba creciendo.

Errores y rebeldías
de sus más valientes hijos
acibararon sus días,

fueron sus males prolijos
y sus penas hice mías.

Y á tanto y tanto llegaron
los humillantes sonrojos
que, por no verlos, cerraron
sus nobles hijos los ojos.
España, si te mataron,
yo adoraré tus despojos.

IGNACIO GÜASP.

MI DESTINO.

SONETO.

Campo estéril, mortífera laguna
me vió nacer, y la yermada arena
présago iluminaba de mi pena
fúnebre rayo de sangrienta luna.

Trueno de muerte me arrulló en la cuna,
cuando Castilla, al sacudir la ajena,
forjaba ya la bárbara cadena
que dió al Corso tirano la fortuna.

Mi primer tierno involuntario llanto
uniose al llanto de la pátria mía,
y mis ojos lloraron su quebranto.

De entónces miran en la luz del día
lúgubre antorcha de dolor y espanto
y amo á mi pátria y lloro su agonía.

EL MARQUES DE MOLINS.

EL DESCOTE.

SONETO.

Fulana, di á Fulana, pues tú has sido
de nuestras confidencias confidente,
que, en efecto, por ella últimamente,
sintió mi corazón cierto latido.

Mas, al mirarla en el salon henchido
lucir ese descote irreverente,
brindando á las miradas de la gente
las preñadas del amor correspondido;

Como amor es curiosidad al cabo,
y hé visto ya sus rutilantes pechos
y no se trata de feriar un pavo,
mis votos ya se dan por satisfechos:
y si, cual nunca, su belleza alabo,
renuncié por pudor á mis derechos.

GABRIEL GARCIA TASSARA.

¡OH, CUAL TE ADORO!

¡Oh, cuál te adoro! con la luz del día
tu nombre invoco, apasionada y triste,
y cuando el cielo en sombras se reviste
aún te llama exaltada el alma mía.

Tú eres el tiempo que mis horas guía,
tú eres la idea que á mi mente asiste,
porque en tí se concentra cuanto existe,
mi pasión, mi esperanza, mi alegría.
No hay canto que igualar pueda á tu acento
cuando tu amor me cuentas, y deliras
revelando la fé de tu contento:
tiemblo á tu voz, y tiemblo si me miras,
y quisiera exhalar mi último aliento
abrasada en el aire que respiras.

CAROLINA CORONADO.

A CUBA.

¡Sagrada tumba dó Colon reposa!
¡Orgullo de la tierra americana!
¡Rico florón de la corona hispana!
¡Isla del sol amada, Cuba hermosa!

Guirnalda pura de laurel y rosa
Ofrezco á tu belleza soberana,
Y en las potentes alas de Quintana
Por tí alzaré mi inspiración fogosa.

Mas ¡ay! mi desemplada y ronca lira
En vano anhela remontarse tanto,
Que la musa de Heredia no me inspira.
¡Dios no encendió en mi mente el fuego santo!
Por eso del viajero que te admira,
El alma te saluda, mas no el canto.

E. SANCHEZ DE FUENTES.

Habana Julio 4 de 1867.

A ELLA.

Es el peligro más fuerte
verte:
porque basta contemplarte
y amarte;
y tu desprecio sufrir
es morir.

De tu presencia el huir
es obrar con sábia fé,
pues dice tu fama, que
verte y amarte es morir.

I**

LA PROSA DE LA VIDA Y LA VIDA DE LA PROSA.

Es preciso confesar que son una gran cosa los contrastes, los puntos opuestos, el polo norte y el polo sur, digámoslo así, de nuestra existencia, las diferentes temperaturas de nuestra naturaleza, ó ser orgánico en sus distintas zonas ó maneras de existir, en suma, es una gran cosa la variedad que es indispensable en nuestra vida para poder soportarla, para que la monotomía no nos esterilice y nos consuma.

¿Qué sería de nosotros si, suponiendo que fuera posible, estuviéramos entregados exclusivamente á la vida del espíritu, ó más bien, á la de la imaginación, que cual voluble coqueta cambia de antojos á cada segundo? Y por otra parte ¿cómo podríamos soportar una existencia material enteramente? Se ha dicho, no sé por quién, que la variedad es la madre de los placeres, y puede añadirse, que es una necesidad de la vida. La poesía del corazón y del sentimiento, que tanto nos hace gozar con ternuras de afectos desconocidos, la poesía de la imaginación que, en ráudo vuelo, nos trasporta á mundos llenos de perfecciones, en los que no se ven los lunares y las feas manchas del en que vivimos; el cielo de ángeles, la ambrosía de perfumes, las armonías celestiales, los éxtasis divinos, todo esto, como poesía del sentimiento y de la imaginación, es sorprendente, magnífico, sublime; pero para que se sepa apreciar, es preciso haber conocido ántes la prosa de la vida; como para gozar de la fortuna, es preciso haber experimentado los rigores de la desgracia. Y no se crea que así como quiera, sino la prosa de la vida con todos sus inconvenientes, con todas sus exigencias, con todas sus ridiculeces, con todos sus absurdos, con esa eterna uniformidad que á veces degenera en monotomía y produce el cansancio y el hastío.

Pero así como se necesita del sueño para reparar las fuerzas perdidas, así para reposar de ese cansancio de la prosa de la vida es indispensable soñar en un mundo mejor; he ahí la poesía del espíritu, sueño de la imaginación; y para apreciar la belleza de los afectos del alma, es preciso figurárselos perfectos, sin mezcla de pasión alguna; he ahí la poesía del sentimiento.

¿Quién no ha soñado después de haber asistido á un gran espectáculo, por ejemplo, un magnífico concierto ó un suntuoso baile? ¿Quién al recordarle no ha aborrecido la prosa de nuestra existencia y ha deseado vivamente separarse de la vida real? ¿Quién no ha juzgado á la humanidad mejor de lo que es, al ver un gran rasgo de nobleza y de hidalguía? Y, sin embargo, los mil y un encantos de las mujeres, que asemejándose á hadas hacen un paraíso de la tierra, y que tanto nos han cautivado al contemplarlas de cerca en un espectáculo, tienen también sus lunares, y el gran rasgo de nobleza que merece aplauso, allá en el fondo más recóndito del corazón de quien lo ejecuta, envuelve, tal vez, algún fin que no sea tan puro como aparece.

Pero basta ya de reflexiones; no debemos amargar nuestra existencia más de lo que en sí es, pensando en las imperfecciones y en los defectos: ¿cuál es lo perfecto?..... las mujeres radiantes de belleza que cual soñadas houries nos hacen ver un solo cielo de ángeles, merecen toda nuestra admiración, y las buenas acciones han de obtener recompensa y conseguir alabanzas. ¡Medrados estaríamos si no fuera así!

Hemos intentado demostrar que la prosa de la vida es necesaria para apreciar la poesía de la vida y que ésta es indispensable en nuestra existencia, bien que alternativamen-

te, como se verifica en cuanto existe en el universo: tras de un cielo encapotado aparece un cielo sin nubes, á la tempestad horrisona, siguió la calma imperturbable, al ocio, pues, debe preceder el trabajo, y despues de haber gozado en un magnífico espectáculo poético, debemos encerrarnos en un pequeño cuadro prosaico.

La vida de la prosa consiste en no dar la debida expansion al ánimo: el avaro está condenado á desconocer la poesia de la vida y se halla rodeado siempre de prosa; el hombre célebre no goza tampoco de los encantos de la vida y á su pesar, tal vez, no vé sino prosa por do quiera. Pero no es suficiente que el ánimo se recree, no basta que se goce de un espectáculo, es preciso admirar á una mujer, que es la poesia encarnada, que es el cielo sin nubes, la ternura de los afectos desconocidos, la armonia celestial, el iris venturoso de nuestra existencia, la compañera que Dios

ha destinado al hombre para ayudarle á sobrellevar la pesada carga de la vida. La vida de la prosa es inherente al usurero, al hombre que sólo rinde culto al becerro de oro y al soltero ó soltera recalitrantes. Lector benévolo, si perteneces á ese último estado y no quieres que tu vida sea un panteon, que tus dias se hallen acibarados por punzantes remordimientos; si no deseas verte enojado hasta de tu propia sombra; si quieres gustar los gratos placeres del alma y no vagar por la tierra entre témpanos de nieve y hielo sin que un sol temple los rigores de su clima universal, si no deseas contrariar á la naturaleza; si amas, en fin, la poesia de la vida, consagra tu pensamiento, los sentimientos de tu alma, tu corazon, tu vida entera, á ese ser angelical que se llama la mujer. Ella te dará dulce la existencia y te revelará el secreto para soportar la vida.

ZENGO TITA VENGOA.

SERENATA.

Á LA MUERTE DE MI HIJA.

CANTARES.

I.

Por el azul de los cielos
un relámpago cruzó:
asi pasó tu existencia
por el cielo de mi amor.

El relámpago á su paso
rasgo ninguno dejó:
pero tu huella ha quedado
grabada en mi corazon.

Una mañana en tus ojos
la luz retratada ví;
á la tarde los cerrastes,
y la luz huyó de mí.

Desde entonces á ciegas voy
por esta senda perdida:

¡y es que la hija me falta,
que era «la luz de mi vida!»

II.

Dicen que en el alto cielo,
es donde moran los ángeles;
por eso mirando arriba,
paso las horas constante.

Y en vano contemplo ansioso
de un sol al otro que nace:
tu ocaso fué eterna noche,
y eterno será que aguarde.

¿Por qué si en el cielo moras
como elejida de Dios,
no solicitas su gracia
para acudir á mi voz.

¿Por qué no ahuyentas la noche
que tu ausencia me legó?

¿por qué no rasgan tus ojos
las sombras de mi dolor?

La desgracia, fiel amiga,
por doquier me acompañó:
luchas, pesares, dolores,
todo contra mí guardó.

Más con tu muerte ha venido
á coronar su triunfo;
y al apagar tu sonrisa
solo me dejó en el mundo.

Solo, sí, que la esperanza
fuera en vano alimentar;
que al cielo te la llevaste,
y de allí no volverá.

¡Cuánta verdad encerraban
mis continuados temores!
¡Dios mio, prestadme fuerzas!
¡Hija, enjuga mis dolores!

III.

Blanca estrella refulgente
brillando en el cielo está;
quizá se oculte en sus rayos
tu espíritu celestial.

Tu desde allí vigilante
sigues mi paso tenaz,
y testigo siempre mudo
contemplas mi soledad.

Y á veces siento en mi rostro
líquida perla caer,

y tu luz brilla y fulgura
con trémula palidez.

No llores; hija del alma,
yo nunca te olvidaré;
si de los dos *se olvidaron*
¡perdona! que Dios lo ve.

Recobra tu dulce calma,
recobra tu pura luz;
si en tu memoria me guardas,
en mi memoria estás tú.

Deja que *aquellos* se olviden
de lo que á los dos nos deben;
la tranquilidad del alma,
nos recompensa con creces.

Tú *para el mundo* no existes,
yo no me puedo quejar;
«vil y abyecta criatura»
debo mi sino arrostrar.

¡Qué importan tantos recuerdos
de pura y celeste paz!
¡todo cayó como un soplo
ante injusta voluntad.

Y el egoísta capricho
fué nuestro juez implacable;
á mí me olvidó la esposa,
á tí te olvidó la madre.

MACBETH.

Madrid Agosto 31 1872.

EL TIEMPO VALE DINERO. ⁽¹⁾

En este afortunado siglo, tan justamente apellidado de las luces, se ha descubierto que el espíritu es nada y la materia todo; y que el tiempo es un tesoro inestimable, no por ser el corto plazo concedido al hombre para conquistar una felicidad eterna, sino porque *vale dinero*. Persuadidos de ésta poética verdad los hombres, y hasta las mujeres de progreso, que

andan en zuecos y á trotecito, procuran hacerlo todo en el menor tiempo posible; y con los modernos descubrimientos no hacen sino compendiar todo lo que nos legaron los pasados siglos:

Pues un ferro-carril, si se calcula,
Viene á ser el compendio de una mula,
Y un billete de banco, bien mirado,
Es oro compendiado;

(1) Este festivo artículo es debido á la pluma de un escritor sur-americano.

Y el cable submarino, según creo,
Es compendio abreviado del correo;
y una niña coqueta y descarada
Es legión de demonios compendiada.

Es una mala vergüenza, que cuando todo marcha á paso de vencedores, cediendo á la imperiosa voz con que lo aguija el espíritu de progreso, solo la literatura permanezca estacionaria. ¿Quién puede tener tiempo y paciencia para leer la *Iliada* traducida por D. José Gomez Hermosilla? ¿Quién no se indigna al ver que Fenelon gasta una página entera de su *Telemaco* para decir que Calipso,

A pesar de ser mujer
Y á pesar de sus deslices,
Ne pouvait se consoler
De la partida de Ulises?
Asombra reflexionar
Que es necesario gastar

ochenta pesos de á ocho décimos y uno ó dos años, cuando ménos, para aprender en la *Historia universal* de César Cantú

Este axioma tan sabido:
"El partido vencedor
Es siempre conservador,
Y liberal el vencido."

A qué se reducen los cuatro enormes tomos de la *Historia de Colombia*? A enseñarnos que

Bolívar tumbó á los godos,
Y desde ese infausto día
Por un tirano que había
Se hicieron tiranos todos.

Dicen que la novela de Pablo y Virginia es digna de admiración, principalmente por su incomparable sencillez; pero me parece que mucho más sencillo sería compendiarla así:

Dos niños juntos se criaron,
Por supuesto se quisieron;
Más luego los separaron,
Y de dolor se murieron.

En virtud de lo dicho, y de mil otras razones que pudiera añadir; yo, que deseo como el que más el pro-

greso, la prosperidad, etc., de mi patria; yo, que he gastado los mejores años de mi vida en promover, etc., etc., quiero

Con mi claro talento
Levantarme á mí mismo un monumento,

fundando la literatura homeopática, que consiste en sacar la quinta esencia de todas las obras maestras, siendo de advertir que, aun las más románticas y venenosas, vienen á ser inofensivas por la estremada pequeñez de la dosis. Mis lectores no llevarán á mal que les presente un botiquín de bolsillo, que contiene

Varias de las sustancias más usadas
En el sistema antiguo—rotuladas;

CORINA.

Osvaldo á Corina amó;
Pero tuvo la simpleza
De dar su mano á una inglesa,
Y Corina se murió.

EL MORO ESPÓSITO.

El de Madarra y Kerima
Era un amor que da grima;
Pero como las mujeres
Tienen tantos pareceres,
Al tiempo del matrimonio
(Yo se la doy al demonio)
La niña se arrepintió,
Y por fin no se casó.

EL CONDE DE MONTECRISTO.

Fué Dantés un majadero
Que, por quererse vengar,
Se privó de disfrutar
En calma de su dinero.

LOS MISTERIOS DE PARÍS.

El czar goza de su imperio,
El conde de su condado,
Y el pobre vive fregado,
En lo cual no hallo misterio.

LA ILIADA.

Se robaron una niña,
Y como era linda joya,
Hubo furibunda riña,
Y ardió la ciudad de Troya.

LA ODISEA.

Hizo Ulises un gran viaje:
Y padeció tanto afán,
Como el que va en mal bagaje
De Bogotá á Popayan.

LA ENEIDA.

Eneas, quizá impelido.
Por un destino fatal,
Dejó abandonada á Dido,
Y en mi concepto hizo mal.

COMPENDIO DE TODAS LAS ANACREÓNTICAS.

Mientras el tiempo veloz,
Nos roba. Juana, la dicha,
Dame un cuartillo de chicha.
Papas chorreadas y arroz.

COMPENDIO DE TODAS LAS INVOCACIONES.

¿Qué haré yo solo
Con mente obtusa?
Sálvame, musa!
Sálvame, Apolo!

COMPENDIO DE TODOS LOS PRÓLOGOS MODESTOS.

En ócios rápidos
Hice estos versos,
Perdona, oh público,
Los muchos yerros.

EXTRACTO DE UN SONETO DE LOPE DE VEGA.

Soneto pide Violante
Nunca me ví en tal aprieto?
Son los versos del soneto
Catorce, y van tres delante.

No pensé b'illar consonante,
Tengo uno y medio cuarteto;
Si llego al primer terceto
No habrá cosa que me espante.

Al primer terceto entrando
Voy, tal vez con pié derecho.
Pues que ya fin le voy dando.

Llegué al segundo y sospecho
Que ya lo estoy acabando;
Contad catorce, ya está hecho.

PRIMERA DILUICION.

Soneto, Violante,
Me pides? qué aprieto!
Ya van del soneto
Tres versos delante.
Hallé consonante.

Hay medio cuarteto;
Si llego al terceto
No habrá quien me espante.

Al terceto entrando
Voy con pié derecho,
Pues fin le voy dando.

Amiga sospecho
Que estoy acabando:
¡Caramba está hecho!

Por medio de diluiciones sucesivas puede lograrse que éste soneto se componga de catorce versos monosílabos; lo cual, si no se consiguiera en castellano, podría obtenerse fácilmente en chino, que entre otras ventajas, tiene la de que nadie lo entiende.

Muy probable es que mis amigos José María Quijano Otero, José María Vergara y Vergara y Ezequiel Uricoechea Rodríguez, que son idólatras de lo pasado y que malgastan el tiempo en amontonar libros y papeles viejos, se opongan á mi patriótica empresa, por la misma razón que tienen los

Boticarios alópatas

Para hacerles la guerra á los homeopátas;

pero yo seguiré imperturbable en mi gloriosa tarea, y no muy tarde tendré la satisfacción de que mis benévolo lectores vean

Con asombro profundo

Los libros de Colombia y de Castilla

(Y tal vez los del mundo)

Extractados en una redondilla.

No quiero terminar este artículo sin hacer mención de otros dos descubrimientos, aplicables al fin que me propongo: el primero es la fotografía microscópica, con cuyo auxilio pueden estamparse:

Por medios ingeniosos

Aunque sencillos,

En una cajetilla

De cigarrillos,

Las producciones

De Voltaire, el Tostado,

Samper y Lope.

Del otro descubrimiento, aunque muy antiguo, no se ha hecho todo el aprecio que merece: es el de los puntos suspensivos, que pudieran llamarse compendio de todo lo que no se sabe, ó no se quiere, ó no se puede decir.

¿Qué sería de la pobre humanidad si los románticos de la escuela empalagosa no hubieran encerrado en puntos suspensivos los innumerables pensamientos que rebosaban en su rica imaginación?

Las composiciones de estos señores deben compendiarse copiando el primer verso de cada una y representando todos los demas con renglones de puntos.

Mas para qué, diré yo con el inmortal Rioja.

Mas para qué la mente, se derrama
En buscar por doquier nuevo argumento?

Basta ejemplo menor, basta el presente. Pues si escribiera todo lo que tengo pensado, resultaria la contradicción de emplear un volumen colosal en hacer patente la utilidad de la literatura microscópica. Concluyo, pues, compendiando en dos renglones de puntos suspensivos

Mis grandes y profundos pensamientos,
Mi vasta erudicion y mis talentos.

.....
.....

D. R. Y CARO.

LA LISONJA.

La lisonja es tan antigua como el mundo. Los libros sagrados nos enseñan que la serpiente, tentadora de nuestros primeros padres, fué el primer lisonjero. «Sereis semejantes á los dioses» les dijo. ¡Cuántas veces después, aunque en diversos términos, se han repetido y comentado esas palabras!

Lo que más que todo hace despreciable la lisonja, es que siempre es un vicio vaciado en frío, sin pasión, sin trasportes, y producida por motivos bajos ó viles. *Todo lisonjero vive á expensas del que lo escucha*, ha dicho La Fontaine. Esa máxima debería inspirar siempre desconfianza hácia los que prodigan alabanzas innecesarias ó exageradas. Pero, si es antigua la lisonja, no lo es ménos la vanidad, y esta última parece que fué destinada á ser victima de la primera. El talento y el buen sentido, no son siempre parte para garantir completamente de los lazos que aquella tiende: y eso es lo que expresó un hombre que no carecía de las dos cualidades, diciéndole á uno que le colmaba de elogios: «Ah, pícaro, tu

me lisonjeas, pero me agradas.» (*Tu mi aduli, ma tu mi piace.*)

La lisonja ha tenido siempre á los palacios, por habitacion favorita. ¿Qué monarca fué más lisonjero que Luis XIV? Con sobrada razon dijo: «el Estado soy yo.» Reinaba aquel principe sobre una nacion de cortesanos, entre los que no fueron los ménos escrupulosos á inclinarse los literatos.

Odiosos lisonjeros, temible peste
que envía á los reyes la ira celeste.

dijo Racine: pero es bien sabido que ni él ni su amigo Boileau, tomaron para sí el apóstrofe. En el siguiente siglo, hubo más Aristipos que Diógenes, y Voltaire, eminentemente cortesano, descendió de las rodillas de Mme. de Pompadour, á los piés de la de Du Barry. Boileau á lo ménos no lisonjeó más que *al amo*.

Tambien Napoleon tuvo sus lisonjeros. «No llores, le decía una vez á su hijo, que habia roto un pulinchinela con que jugaba, yo te daré un senador.» Lo más gracioso de la anécdota, es que el senador S.....es-

ALBUM DE LA SOMBRA.



Apoteosis del 3 de Enero.

ALBUM DE LA SOMBRA.



El verdadero patriotismo se demuestra igualando los platillos.

ALBUM DE LA SOMBRA.



De dandy.



De periodista federal.



De prestamista.



De valiente.

Modo de conocer á las personas por el puño del baston.

ALBUM DE LA SOMBRA.



Los redactores de LA SOMBRA.

taba presente y se echó á reir homéricamente.

En el trato comun de la vida, no es tan peligrosa la lisonja, porque sus efectos no son tan deplorables. Con las señoras es casi obligada, y en los subalternos muy disculpable, con tal que sepan vestirla decentemente. Entre iguales no tiene disculpa, porque es prueba de falta de

carácter ó de que se tiende un lazo.

Es muy comun confundir la adulacion, con la lisonja y, sin embargo, hay una pequeña diferencia en ventaja de la primera. La adulacion está siempre de rodillas: la lisonja no hace más que inclinarse; es verdad que algunas veces, lo ejecuta con tanto extremo, que hace fea figura.

**

LA PATRIA.

¿Qué corazon no palpita
al dulce nombre de Pátria,
y por sus penas no pena
y por sus glorias no canta?

¿Quién no recuerda los génios
que enaltecieron su fama,
y nos legaron prodigios
en las letras y en las armas?

¿Quién no goza refriendo
empresas, lides, hazañas,
de los que al mundo asombraron
y entre laureles descansan?

¿Quién será el que no respete
las tradiciones sagradas,
de otra edad, bellas historias
sublimes y venerandas?

La fé de nuestros mayores,
su bravura, su constancia,
esas historias nos cuentan,
¿qué español podrá olvidarlas?

Ninguno, si le conmueve
el dulce nombre de Pátria
y por sus penas padece
y por sus glorias se exalta.

Ninguno, si le enseñaron
lo que es amor de la Pátria,
flor que jamás se marchita,
fuego que nunca se apaga.

Si suspiramos ausentes
soñamos con sus montañas,
con sus floridos verjeles
con el rumor de sus aguas.

Con la aldea en que pasamos
los dias de nuestra infancia,

con el sabor de sus frutas
y el tañir de sus campanas.

Con sus soberbios palacios,
con sus humildes cabañas,
con el ardor de su estío,
y el rigor de sus heladas.

Teatros, circos, catedrales,
puentes, castillos, murallas,
jardines y cementerios,
con silenciosas estatuas.

Y si allí una tumba encierra
cenizas que adora el alma,
es tan amargo el recuerdo
que el corazon despedaza.

Si en alas de la fortuna
se engrandece y se levanta,
ufano goza el buen hijo
aunque esté en remotas playas.

Y si abatida sucumbe
al golpe de la desgracia,
los que juraron quererla,
se juntan para vengarla.

¿Qué corazon no palpita
al dulce nombre de Pátria,
y por sus penas no pena
y por sus glorias no canta?

Los que españoles nacimos
y no sabemos negarla,
ni con traiciones herirla
por no verla ensangrentada.

Y siendo libre la amamos
lo mismo que siendo esclava;
¿Si es que esclava puede ser
la de Sagunto y Numancia!

Grande, potente, orgullosa,
enaltecida ó postrada,
ya su frente humilde baja
ó vuelva el Orbe á envidiarla,
el grito de nuestro pecho
será ese grito que inflama

y en las Navas, en Otumba,
en Bailen, como en Granada,
en San Quintín y en Lepanto
fué salvador: ¡¡Viva España!!

I. GUASP.

EL CHARLATANISMO.

El charlatanismo es casi tan antiguo como el mundo, y parece que la misma naturaleza no está exenta de él, porque todos somos más ó menos, naturalmente inclinados á exagerar nuestras facultades y nuestras producciones. Siendo la vida el más precioso de todos los bienes, también ha llegado á ser objeto de especulación para los charlatanes. Desde los más remotos tiempos, distribuyen específicos, panaceas universales, curan todas las enfermedades con sus amuletos, sus encantos y adivinaciones: en la historia de la medicina de los egipcios y de los hebreos, se encuentran varios ejemplos de lo dicho: los griegos y los romanos, nos han transmitido los nombres de Eudamus, que vendía sortijas contra los animales venenosos; los de Chariton y de Clodius, que ganaban dinero expendiendo unas bolsitas de cueros divinos.

El marqués de Caretto, famoso aventurero, atrevido, de carácter libre y familiar, vendía un específico á dos lises cada gota: era una providencia reservada á la aristocracia de los enfermos. Aquel enorme precio, era un refinamiento de charlatanismo que hizo del mariscal de Luxemburgo, una de sus víctimas más ilustres: este acontecimiento descubrió al charlatan, pero el gran capitán había muerto ya. Un tal Du Cerf, fué quizás el empirista más desvergonzado del último siglo, atribuyéndole la inmortalidad á un aceite de guayacan. Murió á los tres meses de haberse presentado en París, y su muerte, prueba harto auténtica con-

tra la virtud de su remedio, no fué bastante para convertir á todas sus víctimas.

También consiste el charlatanismo, en emplear ciertos medios para llegar á un fin, ó conseguir un objeto, según lo demuestra el siguiente ejemplo:

Un médico le decía á su auditorio: «Yo le debo á esta ciudad mi nacimiento y educación: reconocido á los inmensos beneficios que en ella he recibido, quiero regalarle un escudo á todos aquellos que quieran recibirlo.» A esto sacaba de un saco una multitud de papelitos, añadiendo: «Señores, yo los vendo en todas partes á 3 francos y 6 cuartos, pero en obsequio del lugar que me vió nacer, y que amo entrañablemente, rebajo los 3 francos. En pocos minutos, no le quedaba ni un solo paquetito.»

El sistema financiero de Law, y las curas milagrosas de Cagliostro fueron un charlatanismo de alta picardía.

Hoy también, apenas hay profesión que no tenga su charlatanismo, á pesar de nuestra decantada civilización: Consiste eso en que antiguamente se explotaba la ignorancia, y hoy se explotan los gustos y las pasiones. Buena pró á los charlatanes del siglo XIX, y consolémonos con que es muy posible que entre ellos haya habido alguno que con una treta, una astucia de puro charlatanismo, sin pensarlo quizás, le haya proporcionado á la humanidad inmensos beneficios. Séamos, sobre todo, muy indulgentes con los charlatanes filantrópicos.

LA CARAMBOLA.

Pasando por un pueblo un maragato
llevaba sobre el mulo atado un gato,
al que un chico, mostrando disimulo,
le asió la cola por detrás del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible,
pególe al macho un arañazo horrible,
y herido entónces el sensible macho
pegó una coz y derribó al muchacho.

*Es el mundo, á mi ver, una cadena
do, rodando la bola,
el mal que hacemos en cabeza ajena
refluje en nuestro mal por carambola.*

R. DE CAMPOAMOR.

Á LA MUERTE DE UNA NIÑA.

Lágrimas son las perlas que la aurora
sobre su tumba vierte.
Céfiro gime, y por su muerte llora,
por su temprana muerte.

De Dios querida, á Dios tendió su vuelo.
No se nubló la pura
luz de su alma: no tocó en el suelo
su blanca vestidura.

En el suelo la mística paloma
anidarse no quiso,
ni abrir el cáliz, ni exhalar su aroma
la flor del paraíso.

JUAN VALERA.

EPITAFIOS.

—¡Luisa! ¡Luisa! ¡mi amor, mi vida entera!
Desde que estás en la mansión del cielo
la Soledad tan solo es mi consuelo...”
—Y era la Soledad una bol era.

R. I. P. dice el letrado
y hay encima una tejera....
—¿Fué sastre, mujer ú hortera?
—No, señor: gacetillero.

“Aquí duerme un sereno.”—Pues no ha muerto
que empiece á amanecer y está despierto.

R. GARCÍA Y SANTISTEBAN.

Á LA BOCA DE ELLA.

Pequeña gruta hechicora
con pabellones de grana
que, voluble y lisonjera,
alimentas mi quimera
con frase mentida y vana.

Horno de encendido fuego,
dó se cobija mi amor,
á pesar de tu despego,
dónde en delicia me anego
sin temer á tu calor.

De perlas, rico tesoro,
de coral, joya preciada,
nido de lengua de oro,
que si llora, causa lloro,
y dá gozo, alborozada.

Hermoso clavel rosado
que me arrastra siempre en pos,
por tu aroma perfumado,
de la maceta arrancado
dó guarda sus flores Dios.

Boca que á veces risueña
es de mi amor manantial,
dile, por Dios, á tu dueña,
que no despierte al que sueña
beber en ella un raudal.

No tu labio purpurino
encerrado en su capuz
guarde silencio mezquino,
pues sin tu voz, peregrino,
vago sin rumbo y sin luz.

Ni los abras enojada,
para causarme desvelos,
que es mejor duda soñada,
á la muerte despiadada
que me causaran tus celos.

Pero, si sorda á mi queja,
no atiendes á mi embeleso
y tu enojo nunca ceja,
démame morir, mas deja
que cause mi muerte un beso.

I. GUASP Y DUBON.

Madrid, Marzo 3, 1873.

DONDE MENOS SE PIENSA.....

Recuerdo que hay algunos años, asisti al velorio de una señora con quien tuve alguna relacion, si bien ésta no fué tanta que rayara en intimidad.

Lector, si, como es posible, has asistido á alguno de esos *luctuosos festines*, en vano será te diga que en ellos lo ménos que se hace es acompañar á la familia del muerto y velar á éste. Allí se come, se bebe, se ríe, *se hacen maldades* cuando alguno se duerme, cosa que, tal vez, desespera á otros; y á no ser por el fúnebre aparato que cubre la sala, punto donde por lo regular se *tiende* al difunto, nadie que lograra entrar por la *trasera* de la casa diría que en la *delantera* dormía el eterno sueño una criatura humana, al contemplar el jolgorio y el apetito que allí reinan.

Por de contado que un velorio es uno de los recursos para las entrevistas amorosas, y en él tambien—entiéndase el velorio—suelen resultar acontecimientos *de butto*.

Entre las diferentes personas que asistieron al que me refiero, había una señora, casada—segun luego me dijeron—con un señor grueso, calvo de algunos cuarenta años, que roncaba como un bendito, embutido mas que sentado, en un gran sillón de cuero, colocado—el sillón—á la izquierda de su cara mitad, que dicho sea de paso, era bien parecida; al lado derecho de ella veíase sentado á un jóven como de veinte á veinte y cinco años, que si no era de una figura notable, por lo que se traslucía, tampoco parecía serle indiferente á la costilla del grueso señor.

Esta trinidad,—paso á la figura—fué lo que más cautivó mi atención desde que entré en la casa y no dejó de prometerme algun curioso incidente que observar.

Después de los saludos de ordenanza, las esclamaciones dolorosas,

la cara de circunstancias y el sacramental “no hay más que resignarse con la divina voluntad” dirigidos á los dolientes, tomé posesion de una silla colocada en uno de los ángulos del salón donde la reunion *veladora* se hallaba, más dispuesto á no perder de vista á la pareja que á mi frente quedaba, que á tomar parte en las galleticas, el salechichon y la cerveza, artículos de primera necesidad en esta clase de *fiestas*.

A los pocos instantes entró en el salón una joven alta, trigueña, á la que con razon sobrada pudiera llamar hermosa, y acercando una silla al lado del ya citado mancebo,

—¡Qué entusiasmado estas! le dijo en voz baja, pero no tanto que yo dejara de aperecibirme, al par que se sentaba.

—¿Entusiasmado dices? replicó él en el mismo tono; demasiado sabes que donde tú no estás no hay nada ni nadie que pueda entusiasmarme.

—¡Como te veía tan arrimado á Bella.....!

—¿Y qué tiene de particular que me arrime á Bella? dijo semi-turbado el mancebo, al par que con disimulo, retiraba su pierna izquierda, con la que oprimia la derecha de *la mitad* del grueso señor.

—¡Vamos! tú siempre estas viendo visiones.

Merced á la llegada de otra de las concurrentes, al tener que ponerse en pié y los demás alicientes, no pudo Bella aperecibirse de este breve diálogo, si bien no dejó, al parecer, de causarle estrañeza la retirada de la pierna de su vecino, cuya proximidad fué lo que excitó en mi el deseo de observar desde que entré en el salón.

Generalizabase la conversacion, y ya iba tomando un tinte animado, cuando fué bruscamente interrumpida por los gritos de ¡socorro! ¡que

me matan! los cuales parecían salir de la sala, donde la difunta se hablaba.

Corrieron todos atropelladamente á inquirir la causa de aquellos inusitados gritos, incluso el gordo señor, que despertó al estruendo, quedándose únicamente Bella y su joven vecino, los cuales, no habiendo reparado en mi arrinconada personalidad,—pues yo fui otro de los que se quedaron,—y creyéndose solos, aprovecharon el incidente para propinarse á duo, unas cuantas y de las más dulces, que en materia de caricias se hayan inventado.

Tentaciones tuve de haber gritado: “¡Caridad, hermano Meliton, caridad con el prójimo!” mas me detuvo en primer lugar, el deseo de ver en qué paraban aquellas misas, y en segundo, el considerar el bochorno que pasarían al ver que allí había un testigo de su falta, mejor dicho, de su sobra. ¡Y digan que no ciega la pasión!

Á los pocos instantes fué apareciendo otra vez la gente y, restablecida la calma, supimos el por qué de aquellos gritos, que tal confusión habían armado, y que dieron lugar á que los entrantes encontraran el semblante de Bella *algo alterado*, si bien el gordo señor, después de ocupar nuevamente su sillón, les aseguró que *su costilla* era muy nerviosa, y todos lo atribuyeron, naturalmente, al sobresalto, habiendo quien la hizo beber un vaso de agua con unas gotas de vinagre, remedio, según decían, eficaz para los sustos de aquella especie.

Fué, pues, el caso que el muñidor que quedó de guardia para cuidar de las luces, se había dormido profundamente. Los muchachos, que como los enamorados, no se duermen cuando de jugarle á cualquiera una mala pasada se trata, viéndole en aquel estado, hubieron de atarle los pies á uno de los palos de la silla en que estaba sentado, recos-

tando ésta con cuidado contra la pared, después de lo cual, con un corcho quemado, le pintaron unos sendos vigotes. Quiso la mala suerte del muñidor que el poco viento que entraba en la sala, desprendiera algo del pabilo de uno de los cirios, y que éste *algo*, inflamado aún, le cayera en una mano: al sentirlo despertó, como es consiguiente, y al movimiento que hizo para levantarse, perdiendo la silla el equilibrio, arrastró al muñidor en su caída; quiso éste sujetarse á uno de los paños que entapizaban la pared, cedió el paño, y tras él fué arrastrado uno de los candelabros, que para mayor desgracia del protagonista de la fiesta, vino á caerle en la cabeza, haciéndole tres ó cuatro grandes chichones; cuyo dolor, unido á la sorpresa y natural susto de tan grotesca caída, le obligó á dar los gritos que pusieron en movimiento á la fúnebre comitiva.

Reime de la ocurrencia, riéron todos y desde aquel momento ya nadie pensó sino en divertirse.

Formaba también parte de la reunión, una vetusta señora, de esas que se suelen encontrar á cada paso en donde ménos falta hacen, de esas que, olvidando su vida, saben al dedillo la de todos y cada uno de los individuos de la vecindad de que, por desgracia, forma parte ese cáncer de la honra, y viéndome casi apartado del grupo general, se dirigió á mí, y con la sonrisa más amable que puede proporcionar una boca de setenta años, desnuda de armazon, y sin soltar de entre ámbas quijadas un apestoso *cabo* de tabaco, me dijo:

—¿Y qué es eso, V. tan retirado? Vamos, vaya esa rajita de salchichon y luego una tacita de café, para quitar el sueño.

Tomé maquinalmente lo que la vieja me ofrecía, sin apartar la vista de la *nerviosa* casita y su joven vecino, y notándolo mi obsequiosa dama,

—¿Le llama á V. la atención Belli-

ta, eh? me dijo con marcada ironía.

—No es precisamente que me llame la atención, repliqué, sino que me parece haberla visto en otra parte, y quería recordar dónde.

Mi objeto al dar esta vulgar respuesta, era, al par que disimular lo que la vieja en mí creí comprender, ver si por este medio lograba sacar algo de aquel saeo de chismes y malicia.

—Pues ha de saber V. que la que tanto llama su atención, dijo, acercando su silla á la mía, es un modelo de honradez y de fidelidad; sí, señor; es una mujer, *al mazo*.

Sonreíme un tanto al escuchar aquella observación, y proseguí la vieja:

—Esa joven trigueña que V. habrá visto sentada hace un poco á la derecha del caballero que está al lado de Bella, es hermana de ésta, el caballero, novio de la trigueña, y el señor gordo que V. ve roncando en aquel sillón, es marido de Bella. El es lo que se llama un buen hombre; jamás le dá un disgusto á su mujer, ni nunca se opone á sus deseos: no sale á la calle más que cuando ella quiere, ni nunca lleva más dinero que el que ella le dá; por supuesto, contacto; y mire V. hasta donde llega la bondad de ese bendito señor, que llora cuando su mujer le *pela*, y en ninguna de las veces que ella le ha dejado salir á paseo, le ha faltado ni un *chico*, cuando al volver le ha tomado la cuenta.

Por que, eso sí, además de ser Bella toda una mujer de su casa, es muy celosa. No así su marido: satisfecho, como esta, *de la hombría de bien* de su mujer, véalo V. con qué calma ronca, sin importarle nada los obsequios y otras cositas, que, á hurtadillas, le hace su vecino.....

—Pero, señora, la interrumpí, esos obsequios en nada pueden ofender al marido de esa señora, supuesto que quien se los hace, es su futuro concuño.

—¡Véngame V. á mí con esas! ¡Si conoceré yo á los hombres! No seré yo quien diga que ella puede..... ¡Jesús! Dios me libre de un mal pensamiento, que á quien al cielo escupe..... ya V. me entiende, pero, el fuego junto á la estopa, viene el diablo y sopla, y que, mire V., hablando aquí para entre los dos, pero que esto no salga de V., pues yo no soy mujer de cuentos ni chismes, dicen malas lenguas que si fué, y que si vino, y que ya tuvo sus dares y tomares con un..... por supuesto, que yo no lo puedo creer aunque me lo prediquen frailes franciscos, pues por ella soy capaz de meter las manos en la candela, pero así lo dicen, y V. sabe que cuando el río suena..... Mire Vd., mire V. con qué disimulo, el caballero la tiene cojida la mano por debajo de la manta.

Volvi la cabeza, pero en aquel momento, la joven trigueña, que hacía un rato faltaba del salón, tornaba á ocupar su puesto al lado de su fiel futuro, y solo percibi la rápida retirada de la mano de éste.

Un negro, presentándonos una bandeja en la que había unas cuantas tazas con café, vino á cortar el relato de la vetusta señora.

Apuro de un sorbo la suya, concluí yo la mia, y ya se preparaba á continuar haciendo el panegirico de Bella, cuando, no sé si por desgracia ó suerte mia, vinieron á llamarla.

—Soy con V. al momento, me dijo, y salió.

Á los pocos instantes volvió, echándose una raída manta por la cabeza, y, despues de despedirse de todos, siento mucho, me dijo, tener que abandonar su grata conversacion, pero me han mandado á buscar para *santiguar* al niño, de una vecina mia, al que *le han hecho mal de ojo*, y no puedo perder ni un momento. Vivo en esta misma calle; no tiene V. más que preguntar por Pepilla *Picaura*, una servidora por V.

Dile las gracias lo más cortesmen-

te que pude, y volviendo á ocupar mi asiento, me puse á reflexionar sobre lo que había visto y la vieja me había contado, si bien descargando su conciencia, sobre la confianza y hombría de bien de aquel marido; sobre la decantada fidelidad de aquella celosa mujer, sobre la moralidad de los velorios, y sobre las consecuencias de éstos.

Rayaba ya la media noche, y las parejas, unas se habían dormido, otras *se eclipsaban*, no faltando quién, aparentando dormir, estaba más despierto que yo, esperando una ocasión propicia al logro de su intento.

No queriendo ser actor pasivo del drama que, por lo regular, se pone en escena de media noche en adelante, en esa clase de reuniones, me despedí de los despiertos, dejé tranquilos á los dormidos, entre los cuales se contaban *los dolientes*, y saliendo á la calle:

— ¡Oh Dios! exclamaba al tiempo de alejarme del lugar del velorio, librame de vecinas chismosas y de mujeres tan celebradas por su fidelidad, porque, *donde menos se piensa*.....

P. MERINO.

FRAGMENTO.

PARISINA DE BYRON.

En la tranquila y regalada hora que precede del sol á la caída en tarde del estío encantadora; y su faz encendida se muestra en el ocaso mas hermosa entre nubes cuajadas de oro y rosa: sus rayos moribundos hieren de Hugo la fatídica frente, destinada á las manos del verdugo por el hado inclemente con el semblante inmóvil en el suelo, olvidado del mundo y los amores, confiesa humildemente los errores, y abiertos los cancelos vé del cielo, pues resignado espera sin que la muerte pálida le asombre, oír la absolución consoladora que la mancha mortal lleva en el hombre.

Brillaba el rojo sol en su cabeza cuando atento escuchaba, y en los dorados rizos del cabello, que daban sombra en su desnudo cuello, la luz en vivas ráfagas jugaba; pero brillaba más en el acero del hacha ponderosa que arroja un resplandor siniestro y fiero. Amarga y espantosa fué tal hora en verdad; ninguno pudo guardar la faz serena;

los que más rigurosos se mostraron hondo terror sintieron; era el crimen atroz, justa la pena: pero se estremecieron cuando tal espectáculo miraron.

Ya el rezo fervoroso ha concluido de aquel hijo traidor y osado amante; un perdón sus errores dió al olvido; toca su vida en el supremo instante; despójante del manto; su cabello cede al impulso de fatal tijera, para que el blanco cuello pueda segar mejor el hacha fiera; ya está; ¡que horror! — ¡oh Dios! — la banda herida que Parisina tierna y amorosa para él bordára un día, no le hará en el sepulcro compañía; hay que arrojarla á un lado y sus ojos vendar; mas tanto oprobio no pudo ya sufrir y arrebatado clamó: “Vuestra es mi vida, vuestro el aliento mio, pero dejad al menos, que con ojos serenos contemple de la muerte el rostro frio; “Hiere,” dijo al verdugo, y con firmeza tendió encima del tajo la cabeza. Tal fué su último acento: “Hiere!..”

Pálida al sol cayó brillando

la pesada cuchilla, y al momento la cabeza se vió rodar saltando, mientras cayendo atrás el tronco informe grave, desfallecido y lastimoso, con el humor de las rasgadas venas manchaba en torno el suelo polvoroso. Sus ojos y sus lábios trémulos, convulsivos se agitaban, pero pasó un instante, y para siempre inmóviles quedaron.

Murió con humildad; sin altanera pompa ni ostentación, sin aparato como siempre el mortal morir debiera: contrito, arrepentido; al eco santo, al superior mandato del ministro de Dios prestó el oído: cuando estuvo á los piés arrodillado del prior venerable, ni una idea mundana y deleznable turbó su corazón al cielo alzado: el autor de su vida.

la funesta hermosura tan querida, en tal hora á sus ojos nada fueron, porque los dió al olvido como si nunca hubiesen existido. Ni el alma le afligieron su piedad alarmando y su esperanza la desesperación y la venganza; el suelo fué su solo pensamiento, la devota oración su solo acento; sino es cuando el verdugo compasivo quiso vendar sus ojos, porque entonces animoso y altivo pidió que le dejara ver la faz de la muerte cara á cara: y, esta súplica triste concedida, no sus lábios despues se desplegaron; fué aquella la postrera despedida de cuantos el suplicio presenciaron.

Mudos, frios, helados como el yerto cadáver que allí miran los que delante están, horrorizados parece que ni alientan ni respiran: que un eléctrico hielo los pechos ocupó cuando cayendo la segur con violencia despedida, derribó por el suelo la miserable víctima, poniendo fin á su amor y terminó á su vida; y no rompió el silencio pavoroso

sino el ruido del hacha ensangrentada que con eco espantoso, segando la cerviz, quedó clavada; pues turbado y deshecho el suspiro doliente que iba á exhalar cada afligido pecho retrocedió del lábio de repente.

Solo se oyó una voz.—¿Quién rasga el viento con misero lamento? agudo cual frenético alarido de cariñosa madre que demente á su niño querido mira espirando en súbito accidente, sube el amargo acento al alto cielo como el grito de una alma condenada á tormentos sin fin, á eterno duelo. Aquella voz horrible y alterada penetra la entreabierta celosía de la régia mansion donde Azo mora, y suena tronadora derramando el espanto y la agonía.

Trémulos y confusos se volvieron damas, señores, guardias y donceles á mirar y escuchar; mas vanamente, porque improvisamente la voz y quien la dió desaparecieron. Fué el ¡ay! de una mujer; y nunca, nunca con más horrible grito han mostrado su afán y desventura la desesperación y la locura; porque sonó á aquel ¡ay! tan lastimero que todo el que suspenso le escuchaba, deseó por piedad fuese el postrero de la boca mortal que le lanzaba.

Y Hugo murió por fin; mas desde entónces ni del palacio en la soberbia estancia, adornada de mármoles y bronce, ni en la frondosidad y la fragancia del bosque y del jardín, á Parisina se vió ni oyó jamás; su mismo nombre de ninguno escuchado, por nadie proferido. se hundió en eterno olvido; cual si solo el mentarle derramase mortífero veneno y el aire dó sonára se mostrase de maldición y de ignominia lleno. Nadie al príncipe oyó con voz llorosa hablar jamás de su hijo ni su esposa, ni les alzó sepulcro, ni á su muerte

ALBUM DE LA SOMBRA.



Los puffis para 1874.

ALBUM DE LA SOMBRA.



Las trincheras del 3 de Enero.

ALBUM DE LA SOMBRA.



Las calles de la Habana.

ALBUM DE LA SOMBRA.



EN TACON.—Los de arriba y los de abajo.

para eterna memoria
 áurea inscripción en lamentable historia
 contó su amarga suerte:
 ni sus cuerpos con canto lastimoso
 fueron puestos en tierra bendecida,
 al menos el del triste caballero:
 que aquel día de horror perdió la vida,
 porque el fin de su cómplice, en silencio
 yace oculto y callado,
 cual polvo frío en atahud guardado.

Ninguno saber pudo
 si en santo monasterio retirada
 con lágrimas, cilicio y abstinencia
 lavando el extravío y la licencia,
 puesta á los piés del Salvador divino
 de la eterna salud buscó el camino;
 ni si yerro, ponzoña ó lazo estrecho
 que ministró en secreto mano impia

dieron venganza al profanado lecho
 en la tremenda noche de aquel día:
 ni si el rigor de rápido accidente
 acabó fieramente,
 cual si la misma muerte así quisiera
 compasiva y piadosa
 con agonía leve y pasajera
 terminar el afán de aquella hermosa.

Ninguno lo ha sabido:
 su suerte es un arcano,
 y fuera intento vano
 quererlo descubrir; quede sumido
 en silencio profundo,
 y solo sepa el mundo
 que dió á aquesta infeliz la suerte dura
 tras de culpable vida, muerte oscura.

H. V.

FIESTA DE LOS NEGROS EN PUERTO RICO.

EL DIA DE SAN MIGUEL.

El que no haya visitado las Antillas españolas, tendrá de seguro la errada idea, de creer á ambas islas iguales ante el punto de vista de sus costumbres, y no es así en realidad. Cuba y Puerto-Rico se distinguen visiblemente en muchos detalles, que aunque nada afectan á sus condiciones morales y naturales, ni pueden pesar nada en la balanza para establecer entre ambas una diferencia política, no dejan por eso de constituir para cada una de dichas islas, un rasgo distinto, rasgos que son peculiares exclusivos tanto de la una Antilla como de la otra.

Si entrar en otras consideraciones ajenas desde luego á la índole de este artículo, no hay que perder de vista el número de negros oriundos de Africa y dedicados al cultivo y faenas domésticas, que hay en Cuba y Puerto-Rico. En la primera de estas Antillas llega á 300.000 y en Puerto-Rico escasamente ascenderá el número de éstos á unos 25.000

Este corto número de negros afri-

canos permite asociarse á los esclavos de Puerto-Rico, amparándose los que son procedentes de una misma tribu bajo un centro comun nacional. Y llevan su rigorismo en este punto á tal extremo, que cada uno de esos grupos nombra por sufragio universal un jefe que tiene la categoría nada ménos que de *Rey*, y el que á su vez elige una compañera entre las mujeres de la tribu, que por este hecho queda naturalmente convertida en una *Reina*.

Tal es la seriedad de estos nombramientos dinásticos, que los negros hacen intervenir en ellos al *Sindico* del Ayuntamiento, cargo concejil cuya principal mision es amparar y proteger á los esclavos.

El derecho á esas coronas es solamente vitalicio. No hay orden de sucesion: muerto el *Rey* ó la *Reina* se procede á nueva eleccion, bien por parte de toda la tribu ó nacion en el primer caso, bien solo por el *Rey* en el segundo, que tiene el derecho de elegir la compañera con quien ha de compartir tan efimero trono.

Y no se crea que no guardan los

súbditos respetos y consideraciones al monarca de su nación. El que esto escribe ha tenido de cocinera á la *Reina* de los *congos*, y ha presenciado en distintas ocasiones, las pruebas de deferencia que recibia aquella embetunada soberana de sus no menos azabachados súbditos.

Y luego dirán los radicales y republicanos que no somos demócratas los españoles de América. ¿Puede darse prueba mayor que hacerse guisar la comida por toda una *Reina*?

Y, si duda alguna puede haber de la realidad de lo que digo á mis lectores, no hay más que trasportarse á la capital de Puerto-Rico el 29 de Setiembre, día de San Miguel.

Ya desde el principio del mes empieza á notarse entre los negros cierta efervescencia precursora de los grandes acontecimientos. Algunas reuniones preparatorias por los hombres de cada tribu, tienen siempre lugar con objeto de disponer los detalles de la fiesta. Entre las negras se nota más animación y más descuido en sus obligaciones domésticas: quién se está media hora más al ir á la plazuela por la compra; quién se permite una pequeña escapatoria á hurtadillas de los amos, con objeto de arreglar con alguna compañera algun detalle de coquetería en el traje que se prepara; quién, en fin, distraída en la cocina, pensando en el día de San Miguel, echa pimienta por yerba buena, ó pone á asar los plátanos entre la ceniza y los saca medio carbonizados; todo, en fin, revela entre esa clase, cuya *felicidad* se han propuesto hacer los señores abolicionistas, que hay algo importante que ocupa aquellas obtusas imaginaciones, cerradas por frentes planas y cubiertas hasta las cejas por una espesa *pasa*, la que indómita resistiría á los esfuerzos del peine más rígido.

Al fin, como todos los plazos de esta vida se cumplen, cualquiera que sea el espacio que haya de trascur-

rir, llega con gran contentamiento de los negros y negras el ansiado y tan deseado día de San Miguel.

Aquel día desde que el alba asoma, no hay una cabeza africana, ya sea *conga* ó *carabali*, que no vea despertar la aurora y llegar poco á poco los primeros reflejos del crepúsculo matutino. Aquel día se rompen las cadenas de la servidumbre, y cada negro es dueño por todo el día de sus mas insignificantes acciones. Aquel día son *libres*, palabra que tanto ambicionan y con la que tanto sueñan, sin comprender que la esclavitud de la miseria y de la holganza, es mil veces peor que la mas fiera servidumbre.

Desde por la mañana, reunidos por naciones, llevando cada pueblo á su frente al *Rey* y la *Reina*, engalanados estos con los trajes más ridiculos que en el guarda-ropa de algun teatro han podido proporcionarse, recorren así la población, yendo primero á felicitar á las autoridades y despues á casa de alguna de las principales familias de la población, dueñas generalmente, de uno ó varios de los negros que se confunden entre la turba etiópica. Estas visitas tienen su objeto principal en ver de sacar algun pequeño donativo con que poder dar mayor realze al baile de la noche, que es el principal rasgo característico de esta fiesta.

Las sombras de la noche no han extendido aún su manto sobre la bóveda celeste de la ciudad, cuando el sonido de las *bombas* (*timbales*), empieza á escucharse con discordante y atronador estrépito.

A las diez de la noche la antigua Plazuela de Santiago no puede contener un curioso más. En el centro de ella al rededor de hogueras avivadas constantemente por grandes trozos de leña que se retuercen encendidos, levantando hasta el cielo grandes llamas, se mueven dando vueltas vertiginosas y dislocaciones originales, aquella cáfila de seres, ne-

gros como el ébano, de ojos ensangrentados y dientes blancos como el marfil, dejando oír una especie de recitado no sujeto á ningun ritmo musical ni poético, y estrechándose y confundiéndose, hasta el punto de que hay veces que no se asemejan mas que á una cadena de demonios escapados del infierno.

El europeo que no habiendo visto nunca un negro, fuese de pronto trasladado á presenciar aquella escena, de fijo retrocedería asustado, creyéndose, ó víctimas de una fantasmagoría, ó figurándose estar en medio de una de las comarcas que nos ha pintado con colores tan brillantes, el doctor Livistogne, el célebre explorador inglés.

Pasan las horas y el sonido de los timbales es cada vez más nervioso,

más vibrante, más descompasado; y los movimientos de los bailarines aumentan febrilmente en relacion al cansancio que debía postrar aquellos miembros de hierro, y los gritos crecen, y crece el bullicio, y crece aquella salvaje bacanal.

Y la misma alegría se nota aquí entre los *congos*, que allí entre los *carabalis*, ó que en aquel otro grupo que pertenece á los *de angola*. Pero suena la hora final, y como por ensalmo, todos aquellos que, momentos ántes no pensaban más que en retorcerse en grotescas convulsiones, se retiran á las viviendas de sus amos donde al día siguiente comienzan la vida metódica y normal que sólo tiene un paréntesis cada año: *el día de San Miguel*.

I. GUASP DUBON.

DE UNA COMEDIA INEDITA.

ESCENA V.

—No me niegues tu perdón que lo olvides te suplico: apelo á tu corazón

que fué siempre con pasión para mí indulgente y rico.

—¡Perdón! ¡olvido! es verdad; rico! ¡indulgentel! verdad és, frases que con vaguedad auxilian tu crueldad si lo exige tu interés.

Perdón me imploras llorando, y llorando me conmueves;

y mi olvido suplicando mi corazón invocando á la indulgencia me mueves.

Y siempre cedo á tu afán, y á pesar de mi suplicio, mi perdón y olvido ván por la fuerza de tu imán á firmar nuevo armisticio.

Más, nueva guerra surgiendo, vuelve en pesar la alegría, y entre llorando y riendo mi espíritu consumiéndose pasa un día y otro día.

¿Por qué esta lucha incesante?
¿por qué angustia tan mortal?
¿por qué tan sólo un instante
dura mi dicha anhelante
y tanto dura mi mal?
¿Por qué la paz infringiendo
con glacial indiferencia,
väs la discordia encendiendo?
¿se vá tu fé consumiéndose?
¿no hay ya voz en tu conciencia?
¿Pero qué te importa á tí
mi duelo ni mi quebranto!
¿qué te importa si sufrí,
si enjugando siempre así
voy tu llanto con mi llanto!
Cuando la sangre correr
vés del corazón herido,
la pretendes contener
y como débil mujer
me pides *perdón* y *olvido*.

I. GUASP DUBON.

Madrid Diciembre 1.º de 1872

ORIENTAL.

Niña de negros cabellos,
la de boquita pequeña,
la de seductores labios.

cárcel de esmaltadas perlas;
 la de angelical sonrisa,
 la de cuello de gacela,
 la de los ojos divinos,
 la de mirada hechicera;
 ¿cómo vivir sin amarte
 si tu amor es mi existencia?
 Cuanto dijeron mis labios
 y cuanto decir pudieran,
 me lo inspiraron tus ojos
 que son la luciente estrella
 que alumbra con sus fulgores
 la desconocida senda
 por donde camino errante
 peregrino en esta tierra.
 Niña, la de ojos divinos
 cuya mirada embelesa,
 ¿cómo no amar tu mirada,
 y cómo vivir sin verla?
 La de la dulce sonrisa,
 la de boquita pequeña,
 si es que tu mirada mata
 si tu mirada atormenta,
 antes que sin ella viva
 quiero la muerte con ella;
 que no hay martirio mayor
 ni puede haber mayor pena
 que no beber en tus ojos
 un mundo de dicha eterna.
 Niña de negros cabellos,
 la de boquita pequeña,
 no me niegues tu mirada
 que es de mi amor la existencia,
 y si tu mirada mata,
 quiero la muerte con ella.

EL SI DE AMOR.

A ELENA

En su aligera barquilla
 al par que con ansia rema,

un pescador, así canta
 del amor las glorias ciertas.

“ Hay un momento en la vida
 que forma, grata, una época,
 y que en la historia del hombre
 es la página más bella.

Un momento en que disfruta
 el alma glorias inmensas;
 y en alas de un goce puro
 hasta el mismo Dios se eleva.

Momento en que el hombre olvida
 de su ser la ruín materia;
 y en el que unidas dos almas,
 cruzan la región etérea.

Y en vano pretende el hombre
 coordinar sus mil ideas
 en ese supremo instante
 que un paraíso le muestra.

En vano quiere explicarse
 por qué late con violencia
 su corazón, pues que nada
 que pueda explicarlo encuentra.

Que los goces del espíritu
 se sienten, mas no se expresan...
 ni los siente quien los pinta
 ni los pinta quien los siente;
 y en ese dulce momento,
 de dicha y de gloria extrema,
 el momento que se escucha
 el sí de amor de una bella.”

Aquí dió fin á su canto
 El pescador, niña bella,
 y al par que lo ví alejarse
 dije yo de esta manera:

Quién amores así canta
 amor en su pecho lleva;
 dichoso yo si cantara
 así amores de mi Elena.

E**

Habana Setiembre de 1871.

DIALOGO.

DOÑA ONZA Y DON BILLETE.

— Señora Onza, ¿me hace usted el favor de salir?

— Señor Bilette, ¿quiere usted dejarme en paz?

— Es que preguntan por usted.

— Diga usted que no estoy en casa.

— No puedo decir eso porque la han visto por el agujero de la llave.

— ¿Si?... Pues dígales usted que no quiero.

—Mire que no se conforman y luego la pegan conmigo y creen que yo no la dejo salir para hacerme dueño de la situación.

—Eso no lo dirán jamás, porque saben muy bien, que yo aquí dentro, encerrada bajo llave, valgo siempre mucho más que usted con toda su libertad.

—Lo que es á orgullo no hay quien la gane, señora mía, y bien mirado, el papel que hace usted dentro del arca, es bien triste, bien desairado.....

—Ya lo creo, como que no me da el aire; mas para hacer mejor papel que usted en el mundo, señor Billete, se necesita poco, porque el papel que representa, está bastante mugriento, y sobre todo, despreciado.

—Pues bien me buscan, amiga, y si no fuera por mí, no sé como andarían las cosas.

—Claro, por que yo no me echo á la calle, que si me echára ya podía usted tomar las de Villadiego y volverse á su banco á llorar las inconsecuencias de este mundo.

—Bien; ¿y por qué no sale usted?

—Porque tengo muchos enamorados y no quiero ser víctima de su raptó.

—¡Habrà tonta mayor! ¡La muy vieja!

—Vieja y todo, tengo mejor cara que usted, señor Billete.

—¡Vieja verde!

—Miren el pollo trasnochado, que vino, como quien dice, ayer al mundo y está lleno de lacras y de arrugas y no hay quien dé por él dos pesetas.

—Pero estoy prestando muy buenos servicios.

—¡Qué va usted á prestar, sino hay quien lo quiera ni prestado! Vamos á ver, ¿cuánto vale usted?

—Lo que represento.

—¡Buenas y gordas! Que me pongan á mí á un lado y diez y siete como usted al otro, señor Don Peso Billete, y verá á quien elijen; no

digo yo! ni treinta y cuatro mozalvetes de su catadura valen lo que yó, vieja y todo, con mi peluca y mi faz amarillenta.

—¡Calle la muy vejestorial!

—El muy..... ¡fiduciario!

—¡La muy pesada!

—Y tanto, señor papelucho, que si doy un soplo por el ojo de la llave, va usted volando por los aires..... y algo irá ganando en ello, porque se pondrá *alto*, no que ahora, cada día está más *bajo* y andará por los suelos, sin que haya un alma piadosa que lo recoja.

—Cálmese, doña Onza; yo no quiero reñir con usted; todo se puede arreglar; salga de esa ratonera, así, poco á poco..... los dos podemos vivir en el mundo..... usted valiendo lo que vale y yo..... vamos aunque me tenga que achicar algo, no sufriré los desprecios que su retraimiento me hace tragar.

—Vamos, ya capitula..... saldré, pero quede sentado, que yo para nada necesito de usted, ni me cambio por usted—es decir, pelo á pelo—por que, aun cuando por mi bondad consintiera en marchar á la par con usted, eso no significaría que yo valía ménos, ni usted más; yo siempre seré una señora de peso y usted un caballereite espiritudo.

—¿Sale ó no sale?

—Sí, voy á salir; pero es menester que busque usted la llave.....

—Esa es la más negra, señora; no tengo bastante influencia para que me la den y además, querrán que yo me quede en el lugar de usted, como dicen, amortizado ó quién sabe si quemado!

—Pues amigo, sin la llave no puedo salir de aquí; búsquela, pídala, trabaje, sacrífiquese, pero que venga la llave para que yo pueda salir.

—¡A ver, la llave..... la llave..... la llaaaave! (*Aparte.*) Ni las de San Pedro vienen bien á esta cerradura.

CREPUSCULO.

¿.....?

La escena es en Madrid, villa famosa,
señora de dos mundos soberana;
otoño, la estación dulce y hermosa
que con flores y frutas se engalana.
El cielo una nube oscurecía,
brillaba el astro-rey, más no ofendía,
y el aura descendiendo mansamente
de la nevada sierra
rizaba apenas la tranquila fuente.
Jamás lució tan placentero día,
el pueblo entusiasmado repetía,
y contando las horas
que siglos son para el que gozo espera,
sólo en gozar pensaba
la fiesta que Madrid le preparaba.

En el salón del pintoresco Prado,
congreso de hermosura y de elegancia,
y frente al monumento,
que ve con sentimiento
la bélica nación, la altiva Francia,
porque es de independencia noble alarde
y dice al orbe cuanto España pudo
al grito de Daoiz y de Velarde,
magnífico un gran templo se levanta,
moderna maravilla,
que revela las glorias de Castilla,
inspiración sublime.
del Génio de las artes
que perfección imprime,
feliz viendo á la gentil belleza
ideas de virtud y de nobleza.

De Dios la sacra efigie
divina antorcha de la fé cristiana,
corona el templo angusto
que alegre multitud contempla ufana.
Vése á sus pies el ateísmo ciego
ante la luz de la verdad postrado
pedir arrepentido
perdon por el error que ha predicado,
piedad para el que iluso lo ha seguido.

La fatigada guerra
sin armas homicidas
que espanto fueron de la hispana tierra,
y en verde olivo véense convertidas,
atrae las miradas
de madres y de esposas desoladas

de hijos y de hermanos,
que al renovarse su profunda herida,
dános, le dicen con humilde acento,
los que eran nuestro amor y nuestra vida,
Mas ¡ay! las amarguras
eternas como son nuestros dolores,
ni mitigarse pueden,
regando sus queridas sepulturas
con lágrimas y flores.

La Paz, hija del cielo,
en trono de diamantes se ostentaba
que vivos resplandores despedían,
luz que extasiaba,
grata luz de esperanza y de consuelo,
que á la heroica nación regeneraba.
Rendíanle los campos sus tributos,
con variedad de sazonados frutos,
y el comercio y las artes
que elevan el poder de las naciones,
y son sus más fortísimos baluartes,
del trabajo lucían los blasones.

Solemnizar con fiesta esplendorosa
la bienhechora paz que nos abría
horizontes de gloria y de grandeza,
que España recorrió siempre orgullosa,
en otros tiempos cuando Dios quería,
era el deseo que vivaz ardía
en la nación entera
que á punto de sentir guerra extranjera
su grande imperio á recobrar volvía.

De todos los dominios españoles
que el habla de Cervantes aprendieron,
de todos los confines de Europa
distintas gentes presenciar quisieron
la gran festividad que alborozaba,
los nobles hijos de la España unida
que ayer ensangrentada y dividida
prepotente y feliz resucitaba.
Depuesto el ódio que venganza inspira,
en aras de la Pátria venturosa
y muertas para siempre las pasiones
que armaron, crueles, fratricidas manos,
de las vastas regiones,
do reina el estandarte de oro y grana
castillos y leones
sin que haya ni oprimidos ni tiranos.

solo una voz se escucha, voz del cielo:
españoles no sois, pues sois hermalos.

De la campaña el místico sonido
anuncia que el momento se aproxima
de lo que nunca borrara el olvido
y la impaciente multitud se arrima:
crujen las puertas del sagrado templo
y paso dan á los que orando gozan,
que la oracion primera
al verse libre de borrasca fiera
á Dios dedica un pueblo agradecido
en que la santa religion impera.

Inmensa muchedumbre
gozosa llena las bellitas naves
con riqueza adornadas
por millares de antorchas alumbradas,
y tanta bella luz resplandecía
que la del claro sol palidecía.

Célicas voces, cual jámas se oyeron,
resuenan en la bóveda esplendente
que del cielo á la tierra descendieron
para calmar el corazon doliente
repetiendo con májicas dulzuras
"gloria al eterno Dios en las alturas,
paz á los hombres que con fé creyeron,
y estrechando de amor los dulces lazos
sellen sus juramentos con abrazos."

En tan solemne instante
un estraño rumor turba el acento
del coro angelical que absorto calla,
dos réjias sombras de lanreadas frentes
cruzan el alfombrado pavimento

y ante el altar se póstran reverentes,
eran los de Isabel y de Fernando
que al mando con sus hechos asombrando,
triunfantes otro mando le ofrecieron
de saber y virtud ejemplo dando.

España tornó á ser la de otros días,
sus hijos otra vez gloriados fueron,
y ansiando compartir sus alegrías
los grandes y católicos monarcas
rompen la carcel de sus tambus frías.

Un grito atronador sale del templo
que por la corte alborotada cunde,
la multitud se agita,
quiere el milagro ver, se precipita,
y en vivas prorrumpiendo
"España es inmortal," va repitiendo:
aumentase el clamor, ecos marciales
resuenan por do quier y las campanas
con lenguas de metal cantan victoria,
en tanto que potente artillería
saluda el fausto dia
de tan supremo bien y tanta gloria.

Mil cañonazos á la vez retumban
que en alas van de vagoroso viento
y por el eco repetidos zumban:
á tal sacudimiento
estremecerme siento,
abro los ojos y anhelante busco
el cuadro alhagador que me encantaba,
¡infelice de mí soñando estaba.

IGNACIO GUASP.

LA HOJA DE HIGUERA.

Hé aquí lo que me contó un rabi-
no: «Cuando el primer huésped del
Eden despertó, vió al lado suyo, en
vez de su costilla, la carne de su car-
ne y los huesos de sus huesos, y su
último sueño fué su postrer descan-
so.»

Había nacido la mujer; la serpien-
te, que es la más astuta entre todos
los animales, se acercó á ella y le
murmuró al oido: «¡Cuán hermosa
eres!» Luego le aconsejó que comiese
la fruta del árbol de la ciencia.

—Hé ahí, dijo la mujer, un ser
que me inspira gran confianza por
su franqueza; es evidente que no
querrá engañarme.

Cogió la fruta y dió la mitad á
Adán.

Pero éste hizo en aquella primera
vez lo que siempre ha hecho des-
pues; en vez de comprender que,
puesto que iba á ceder y á obedecer
entonces, tanto valía hacerlo gusto-
so, regateó, se defendió, se negó y
luego concluyó por morder la fruta.

Pero Eva había empleado todo el tiempo de su vacilación en roer la manzana con sus lindos dientecitos blancos; tenía ya la ciencia del bien y del mal, cuando Adán estaba todavía tal como le habían amasado. Luego, cuando se decidió, cuando comió su media manzana, cuando á su vez se enteró de la ciencia del bien y del mal, la mujer le llevaba un cuarto de hora de ventaja, y siempre le ha conservado. Esto es lo que constituye y constituirá siempre nuestra inferioridad relativa.

Comprendió la mujer en seguida, con el auxilio del Diablo, la importancia de aquel cuarto de hora y se apresuró á emplearlo en dar bases sólidas á su imperio. Hizo que Adán se avergonzase de la desnudez de ámbos y le sugirió la idea de cojer hojas de higuera para salvar tal inconveniente. Los rabinos, que lo saben todo y con frecuencia suelen saber mucho más, hubieran debido decirnos cómo se adaptan aquellas hojas. Aún no había periódicos de modas en aquella época, y la tradición nada nos ha conservado acerca de tal materia. Es lástima; las antiguas modas vuelven ahora; si aquella volviere se verían todos muy apurados. Lo cierto es, que al decir á Adán: «Amigo mio, eres mas alto y más fuerte que yo, alcanza y dame una de las hojas de ese árbol, te lo ruego,» creaba á la vez el pudor y la coquetería, los celos y la supuesta superioridad de las fuerzas del hombre.

Desde aquel momento quedó fijada la suerte de ámbos, así como la de todos sus descendientes. La mujer conservó y ha conservado ese adelanto de un cuarto de hora. Todo lo sabe cuando ménos quince minutos ántes que nosotros. Un niño no es más que un galopin que sólo piensa en el aro, la pelota y la peonza; una niña no es sino una mujer más pequeña.

En cuanto al hombre, bajo el pre-

texto de que es más grande, más fuerte y más inteligente, no ha dejado á la mujer ninguno de los trabajos de la vida. Por lo demás, sus fuerzas, su valor, su energía entera se han gastado en todo tiempo del mismo modo. Eva dice siempre á Adán: «Amigo mio, dame esa hoja de higuera,» y Adán se condena para alcanzarla. La hoja de higuera ha sufrido grandes modificaciones desde la primera Eva. Mi amigo el rabino me ha comunicado algunas de las variaciones de la moda durante los antiguos tiempos.

La primera higuera, á la cual se pidió una hoja, fué el *figus rubiginosa*, al cual sucedió el *figus bengalensis*, y luego, el *figus virens* y el *figus mauritana*. Hacia la cuarta generación se pusieron en moda las hojas pequeñas del *figus repens*. Esto se llamaba entonces vestirse ó ir descotado, como hoy al ponerse vestidos casi sin cuerpo.

Al *figus repens* sucedió el *figus nymphaeifolia*; se adornaron con las hojas del *mocrophylla*; luego volvieron al *figus repens* bajo el nombre de *figus scandens*; luego al *figus elástica*, y luego pasaron gradualmente á la seda y el brocado.

La hoja de higuera no tiene en el día ménos de catorce métrés de extension por razon de los volantes, y Eva continúa diciendo á Adán: «Amigo mio: dame esa hoja de higuera.»

Y Adán, para dar la hoja de higuera, trabaja, pasa las noches en vela, roba, saquea, asesina y se condena.

Uno de los signos de su origen que ha conservado la hoja de higuera en medio de sus trasformaciones, es que se marchita, cae y es substituida por otra hoja; sólo que la primitiva, la que se vé todavía en nuestros jardines, no cae ni se renueva más que una vez al año, mientras que de progreso en progreso, la que emplean las mujeres cae y ha de ser substituida todas las semanas. Las

ALBUM DE LA SOMBRA.



Modas de Caballeros.

ALBUM DE LA SOMBRA.



Los viejos verdes.

ALBUM DE LA SOMBRA.



OPERA BUFA.—Barba Azul.

ALBUM DE LA SOMBRA.



Los novios de esquina.

nuevas hojas nacen en árboles muy altos, espinosos y difíciles. Adan vacila algunas veces. «Amigo mio,—dice Eva á Adan—si te ruego que cojas esa hoja de higuera, no es tanto por mí como por tí: es para velar á las miradas de los demás estos débiles atractivos que han tenido la fortuna de agradarte y que debo y quiero conservar para tu amor.» Y Eva, léjos de pensar en conservarse para Adan, arregla y coloca la nueva hoja que ha obtenido, de modo que la imaginacion adivina y centuplica lo que oculta. El pudor es la coquetería más segura.

Una nueva hoja de higuera sólo sirve para obtener otra por la buena gracia que sabe darle, y el nuevo aliente que añade á su belleza.

Aún no es eso todo, dice Eva á Adan, si al pronto y en primer lugar te pido esa hoja de higuera por pudor y á fin de reservarme para tí, podrás observar que te pido la que está en la parte más alta del árbol. Las que están en las ramas más bajas llenarían lo mismo el objeto y no te expondrían á romperte la cabeza, pero quiero que digan al verme:

«Ved á Eva: su hoja de higuera ha sido cogida en la copa de la higuera más alta.» Preciso es que Adan sea un hombre muy fuerte, muy valeroso, y permitidme añada que es preciso que Adan ame mucho á Eva.

Al oír estas reflexiones Adan contesta: «¡Es cierto!» y trepa lleno de gratitud á lo más alto del árbol.

Además de las modificaciones su-

cesivas de la hoja de higuera, Eva ha inventado accesorios y, sirviéndose hábilmente del cuarto de hora de inteligencia que lleva de ventaja al hombre, le ha presentado bajo un aspecto favorable la necesidad de estos accesorios. «Amigo mio, le ha dicho; eres el más fuerte, eres el amo, eres mi señor. Me envanezco de ser tuya y quiero llevar el distintivo de mi servidumbre. Agujeréame las orejas en señal de esclavitud y ponme en ellas eslabones de cadena. Pónme otras cadenas en los brazos, y así recordaré á todos que soy únicamente tu criada.»

De aquí resultaron los pendientes y los brazaletes.

Algunos adanes dejan que les persuadan de que así como hacen transportar los vinos exquisitos en un barril doble, sería prudente hacer enterrar á Eva en una envoltura doble, en dos hojas de higuera: la segunda se llama un carruaje, y vá tirada por dos caballos.

En fin, todos esos hombres que se agitan, andan, corren, se codean, se baten, se matan unos á otros, no son sino adanes á quienes sus evas han dicho.

«Amigo mio, coje para mí esa hoja de higuera.»

Hoy en día la moda no admite más que las hojas de las ramas más altas, lo cual hace que casi todos se desuelen las manos y las rodillas para alcanzarlas, y que muchos se rompan los huesos.

ALFONSO KARR.

A.....
(INÉDITO.)

¡Quiera el destino mío
que á tu lado, vencida mi tristeza,
pueda con desvarío
reposar en tu seno mi cabeza,
agotar de tus labios el rocío.

Y cual ávida apura
posada en una flor la mariposa
del cáliz la dulzura,
así apurar los dos con alma ansiosa
de nuestro amor la celestial ventura.

CÁRLOS NAVARRO Y RODRIGO.

SOÑAR DESPIERTO.

(DOLORA.)

—No más te martirizes de este modo
¿por qué sufres así?
Tú no posees mi cariño todo?
me olvido yo de tí?

—No te canses en vano, pobre niña,
que nada tengo yó;
el mal que mi semblante desalinea,
ninguno lo entendió.

—¿Qué es lo que oculta tu sonrisa vaga,
tu rostro de pesar?
¿piensas acaso que no veo á tu llaga,
la sangre derramar?

—¿Crees, por ventura, que mi amante anhelo
tan poco alcanzará?
Yo sé tu pena....

—Entónces por el cielo
remedio pónle ya!

—Tú tienes un pesar grande y profundo,
algun terrible error
de tu pasada vida....

—En este mundo,
vivir es el mayor.

Mas no es esa la pena que me hasta,
y á fé que me extrañó,
que tú, sin comprender el alma mia,
supieses lo que yó.

Tan solo Dios que en la celeste altura,
leyó mi corazón,
calmar pudiera mi fatal locura....
más Dios es ilusion!

—Desecha por los cielos tal idea;
feliz nunca serás,

—¿Y qué te importa que infeliz me vea
si no me entenderás?....

Nací creyendo en la verdad hermosa,
trás de su luz corri;
más se tornó en fantasma vaporosa
y se burló de mí.

La gloria trás su carro me arrastraba,
la quise detener;
más, cuando ya pensé que la alcanzaba,
la ví desaparecer.

De una mujer creé la imágen bella,
la dí mi corazón;
más, ciega, no veía mi querella
ni mi eternal pasión.

Desde entónces la duda me atormenta;
no tengo en nada fé;
y tanto y tanto mi dolor aumenta
que al fin sucumbiré.

Esa es la pena que mi alma ha muerto,
con crudo frenesí;
duélete, ¡ay! de mi soñar despierto
¡y olvídate de mí!

MACBETH.

EL LITERATO POR FUERZA.

Estamos en un tiempo de regeneración universal.

Es un hecho positivo.

Merced á los adelantos de las ciencias y de las cosas, el ser humano se levanta un día de buen humor, dice «quiero lograr esto,» y no hay que darle vueltas, logra al fin todo lo que quiere.

Sólo así, puede comprenderse que exista en el mundo tal colección de talentos artificiales y génios averia-

dos, que se creen dominadores de la humanidad.

Segunda edición de la raza pedantesca de mil ochocientos, pulula hoy una clase nueva, flamante, verdadero aborto de la época, calamidad del siglo XIX.

Su nombre es *el literato por fuerza*. Sirvanos de ejemplo uno de sus individuos.

D. Epifanio era escribiente de un novelista, y ganaba modesto sueldo

emborronando cuartillas para la imprenta.

Sea que lo bueno se pega con el roce, sea el cansancio que se siente copiando lo que otros escriben, sea, en fin, un motivo oculto, es el caso que nuestro hombre, concibió la idea de salirse de su centro, elevándose á la categoría de literato.

Las dificultades de que la idea estaba erizada, fueron suavizándose, merced á los trabajos de su imaginacion testaruda, y la esperanza le sonreía cada vez más.

En dos meses devoró una biblioteca, pero sin digerir una sóla página. No obstante, quedáronse impresos algunos pasajes de la historia, muchos nombres ilustres y un abundante caudal de expresiones soberbias y escogidas.

Muy pronto supo que Ataulfo fué el primer rey de España, que Pepino reinó en Francia y que ésta nacion estuvo dominada por los galos. No ignoraba que Adan había sido nuestro primer padre, ni le cabía la menor duda de que San Pedro fué un santo de ménos pelo que otros que anduvieron por el mundo.

Averiguó que el aire no es sólido y que el agua siempre ha sido líquida. Supo decir *pirotécnica*, si se trataba de funciones de pólvora; *omoplato* si se hablaba de medicina; *omega*, *triángulo* y *paralelepido* si se discutía sobre matemáticas, y otras frases de mucha intencion, como *oleaginosidad*, *tésis*, *paleográfico*, *hercotectónica*, *oxígeno*, *tetradinamia*, *viviparo*, *corrupto*, *helioscópico*, etc., etc.,

No importa que se ignorara el significado de muchas de esas palabras: se sabian pronunciar y era lo bastante.

Ya con estos conocimientos don Epifanio se dedica á escribir privadamente.

Emborriona algunas resmas, repasa algunos autores, toma datos, busca libros, y se atreve á entrar en discusion con su amo el novelista.

Sueña con Homero, con Víctor Hugo, con Shakespeare. Se imagina colocado sobre un pedestal y vé su rostro grabado en mármoles y broncees, para asombro de las generaciones venideras.

Un día se examina á sí mismo con la posible imparcialidad. Nota que sabe esto, y aquello, y lo otro: compara sus conocimientos con los que muchos sábios poseen, y se decide á dar el primer paso en la carrera de su gloria.

Escribe un artículo que se titula *La Inspiracion*, y en el cual hace uso de sus conocimientos en mitología, sacando á la vergüenza á todos los dioses del Olimpo. Allí está Melpómene, llenando un cubo en la fuente Castalia para dar de beber á los buenos poetas, Apolo cogiendo legumbres en la falda del Parnaso, Terpsicore dormida al lado de unos bueyes, Talia buscando mariposas, y Euterpe aprendiendo el himno de Garibaldi.

Antes de publicarlo lo lee, por modestia, á un amigo de confianza. Este le escucha con asombro, al terminar hace un gesto de admiracion, y le abraza exclamando:

—¡Soberbio! ¡asombroso! ¡inimitable!

D. Epifanio se bufa como un pavo real.

El escrito sale á luz. Si nadie habla de él se achaca á la admiracion que ha producido. Si hablan mucho malo, se atribuye á la envidia que ha suscitado. De todos modos, el escrito es bueno. Siguen, pues, los escritos.

Algunos amigos alegres rodean al nuevo hijo de las musas.

—Hazme un romance.

—Compónme un soneto.

—Escribeme un artículo.

Y D. Epifanio hace, compone, escribe y distribuye producciones como si fuesen bellotas.

Los amigos le aplauden con entusiasmo.

—¡Tu fecundidad es admirable!

— ¡Sublime!
 — ¡Sublimísimo!
 — Decididamente, has nacido para escribir.

D. Epifanio oye todo esto, mide sus fuerzas y se dice: «Es indudable: yo me siento inspirado, grande y magnífico. Desaprovechar mi predisposición, sería un crimen: debo á toda costa ser literato.»

Y las obras se suceden y los pedidos se aumentan.

La imaginacion que crea, no puede resignarse á cifrar sus cuidados en la copia de lo que otro concibe: D. Epifanio se avergüenza de su título de escribiente; entabla una polémica científica con el autor que le paga, riñen, y hé aquí á nuestro héroe en medio de la calle, feliz, independiente, libre y pobre.

La necesidad es manantial inagotable de inspiracion. D. Epifanio escribe una novela que se titula *Los diez y ocho cadáveres*. Un amigo suyo se encarga de publicarla, y se suscriben todos los maragatos de la calle de Toledo, las fruterías de la plaza de San Miguel, y el barrio de Maravillas.

Tan inmenso triunfo anonada á don Epifanio bajo el peso de la gloria.

¿Quién se resignará á continuar en el retraimiento? No hay que defraudar las esperanzas del público.

Don Epifanio considera prudente dedicarse á la oratoria, y despues de algunos ensayos se presenta en una tertulia literaria, pide un tema y confecciona un discurso en veinte y cinco dias.

¡Vaya un discurso! en él se habla de todo con una erudicion pasmosa: cada párrafo lleva una cita, cada cita una observacion, cada observacion un apéndice. No le faltan sus ribetes de tecnicismo, ni sus puntos de erudicion, ni sus paréntisis de latin. Trata de heráldica para decir *roetes*, *escaques*, *panelas*, y *lisonjas*: trata de medicina para explicar las propiedades del *diafragma*, la longitud de los

epididimos y la situacion del *cerebelo*: trata de los frenólogos para nombrar los ventrículos de la *idealidad* y definir las doctrinas de Spurzham. Se refiere á Byron para decir que *the time is-money*: murmura de Fedro sólo por encajar el *cosmos epeicaktos*; y no escasea aquello de *risum teneatis, artificium dicendi, vanitas vanitatum* y *nemine discrepante*.

Con todo, el discurso no ocupa más que ciento ochenta y tres cuartillas de letra microscópica.

Llega el dia señalado, llega el momento, y D. Epifanio se levanta, extiende el brazo en actitud solemne, se limpia el sudor, se alza sobre las puntas de los piés, tose, eseupe y habla.

Al principio se le escucha en silencio, despues se mueven todas las cabezas, murmuran, se constipan; unos se tapan la cara, otros rien, algunos hay que lloran.

D. Epifanio lo observa con satisfaccion: no hay duda, sus palabras conmueven á los circunstantes, posee el talisman de las emociones y domina á su arbitrio á los que le escuchan. ¡Inmenso triunfo!

Concluye de hablar y sale sofocado, zumbándole en los oídos el rumor de un estrepitoso palmoteo.

La puerta de la calle está interceptada por los sócios de la tertulia que le abrazan con entusiasmo.

El cree que salen á despedirle, porque ignora que están allí desde que concluyó el exordio de su discurso, es decir, que estuvo hablando solo, pero un orador poseído de su papel, no se fija nunca en el auditorio.

Desde este dia ya es otro D. Epifanio: se ha elevado cincuenta metros sobre el pedestal de sus aspiraciones. Ya no se reúne con sus primeros amigos que son poco para él: necesita frecuentar otros círculos, alternar con las celebridades, hacerse hombre.

Su ser recibe una completa meta-

mórfosis; su andar es grave y noble como sus palabras; su apostura digna y severa; sus ademanes majestuosos; su rostro sério y meditabundo.

Ya es el literato consumado, el hombre preciso, la notabilidad que honra con su asistencia.

Se apodera de la prensa, de los editores y de las esquinas.

Su nombre aparece en todas partes.

El Bucéfalo, periódico satirico, dirigido por D. Epifanio Calacuerda.

La sangre roja, cantos teutónicos, por Calacuerda. La horca y el cuchillo, novela histórica, por D. Epifanio. El alquitran de la vida, poema fúnebre, por el mismo.

Pero esto dura poco. El público se cansa, sus amigos se aburren, y don Epifanio se vé abandonado en medio de sus glorias.

¿Creéis que se desconcierta?

De ningún modo. «Esta es una intriga de la envidia, se dice: Cervantes, Quevedo, el Tasso, fueron grandes hombres y sufrieron. Yo que soy grande, también debo sufrir.»

Y sigue impertérrito en su camino, sin que haya ser humano capaz de detenerle en sus errores.

Podrá hacérsele dudar de que es persona, mas no de que es inútil para literato. Su desengaño es materia

impracticable, porque esa aberración del entendimiento, es la cualidad distintiva de su especie.

D. Epifanio para comunmente en memorialista, portero, ó cosa por el estilo, en cuyas ocasiones, emplea sus últimos años quejándose de las injusticias del mundo, que nunca aprecia el verdadero mérito.

Puede ocurrir que se dedique con especialidad á la política, en cuyo caso, despues de visitar la cárcel varias veces y sufrir algunos atropellos, es fácil que llegue á ser director de un periódico, de director pasar á diputado y de diputado á ministro. De esto vemos todos los días.

Ningun naturalista se ha ocupado aún en definir exactamente la especie de *el literato por fuerza*.

Unos dicen que D. Epifanio pertenece á la familia de las *gallináceas*, por su semejanza con el pavo, *meleagris gallo-pavo*, que dice Linneo.

Otros aseguran que forma parte del orden de las *palmípedas*, por su parecido al caballero grajo.

Y, en fin, hay quien lo relega al orden de los *paquidermos*, vulgarmente llamados cuadrúpedos.

Yo dejo al buen criterio de los lectores, la resolución de este problema.

A. LLANOS Y ALGARÁZ.

AL PIE DE LA CHIMENEA.

FANTASÍA.

Cruje el leño enrojecido
por la llama del hogar,
y á su vista, entretenido,
de mis pesares me olvido,
sin poderlo remediar.

Que aquella azulada llama,
que retorcida se eleva
carbonizando la rama,
mi pecho también inflama,
y mis dolores se lleva.

Y entre el humo, que saliendo
de los rojos resplandores,
vá en espirales subiendo,
voy mis ilusiones viendo
con mil risueños colores.

Una sombra, suave, vaga,
naciendo entre la ceniza
cual otra hechizera maga,
vierte elixir en la llaga,
que mi pecho martiriza.

Y esa sombra vaporosa,
que entre sus pliegues de humo
se adelanta cariñosa,
es la imágen más hermosa
que de haber visto presumo.

A través de incierto velo
con que impalpable se cubre
por pudoroso recelo,
mi corazón y mi anhelo
otros contornos descubre.

Pues á los amantes ojos
ocultar nada es en vano;
que fueran nécios antojos
el pretender, por enojos,
cubrir el sol con la mano.

A través de aquel tejido
de caprichosos vapores,
mi corazón, conmovido,
que se oculta ha conocido,
el sueño de mis amores.

Amor, que mi pecho alienta
con el que despierto sueño,
que, aunque mi dolor aumenta
con amargura crüenta,
es de mi existencia el dueño.

Y la sombra, encantadora,
de rizada cabellera,
se me acerca seductora,
con su aliento me enamora
y mis sentidos altera.

Entre bulliciosa y loca,
cual inocente coqueta,
acerca hasta mí su boca
y entre mis sienes coloca
la corona del poeta.

Y á tanta felicidad
mi corazón desfallece,
que es más la fragilidad
de la vil humanidad
cuando el espíritu erece.

Pues no cabe en la memoria
que otro bien haya mayor;
que es la dicha más notoria,
ser coronado de gloria
por el ángel del amor.

Mas, súbito, de repente,
escucho el chisporroteo,
del leño que lentamente
al consumirse inclemente
vá matando mi deseo.

Entre el fuego, que vacila,
y el humo, que á borbotones
sube en columna tranquila,
vé mi anhelante pupila
que se van mis ilusiones.

Y al último resplandor
que, ténue, lanza la leña,
aquella ilusion de amor
con semblante seductor
me hace al partir, una seña.

Luego, sólo oscuridad
reina de mí en derredor,
y de tal felicidad,
me queda la realidad
para castigo mayor.

Mas la pena en que me anego
mis sentidos la deseca,
porque cesa, no lo niego,
siempre que contemplo el fuego,
al pié de la chimenea.

NINO.

CANTARES.

En el álbum de la Sta. Joán Matilde Fabian.

Entre las ondas del mar
á quien dió nombre Colon,
se oculta el risueño nido
do tu cuna se meció.

Verdes como sus sabanas
tus floridos años son,
y es azul como su cielo
tu pureza y tu candor,

Amargos, como las ondas
que á lamer vienen su pié,
son tus cuitados desvelos,
más amarga es tu esquivez.

Ardientes, como los rayos
de aquel abrasado sol,
son tus ojos, do tus padres
ven retratado su amor.

Como el sabor de sus cañas
son tus sueños de pasión,
tu talle, cual sus palmeras,
de sus aves, es tu voz.

Y hay en tu ser, confundida,
en simpática hermandad
la gracia de la criolla,
con la gracia nacional.

Ya que la fé de tus padres
guardas en tu corazón,
¡Dios te bendiga, Matilde!
¡Niña, te bendiga Dios!

SOMOSAGUAS.

Habana Enero de 1874.

LA SIMPATIA.

SONETO.

Existe un misterioso sentimiento
que, cual del alma emanacion divina,
nuestro espíritu loco subordina
sin razon y sin fé, ni pensamiento.

Y como al impulso del ligero viento
la esbelta palma su penacho inclina,
ese poder oculto nos domina,
y le dá al corazón dulce contento.

Su influjo nadie pretendió explicarlo
ni humana inteligencia alcanza á ello,
que está muy alto quien podría aclararlo

Y dar la clave de ese enigma bello:
porque es la *simpatia* á no dudarlo
del mismo Dios, purísimo destello.

HAMLET.

CREO EN DIOS.

Siendo niño mi madre me decía
Hay un Dios, piensa en él y no te olvides
Que vela junto á tí de noche y día.

Llegó la juventud con sus locuras,
Fué mi vida una noche borrascosa,
Y nunca me olvidé en mis amarguras
De Dios y su existencia misteriosa.

El mundo sin pensar en su extravío
Acepta una fatal filosofía
Que turba, cruel, el pensamiento mio;
Dudo, medito, razono, desvarío,
Y pienso en Dios: mi madre en él creía.

Estalla el huracan, vienen al suelo
La Santa religion, la fé divina
Fuentes de bendicion y de consuelo.
Niégase á Dios, su nombre se abomina,
Mas habláme mi madre desde el cielo
Y creo en Dios, que todo lo domina.

IGNACIO GUASP.

GRANDEZAS DE LOS PEQUEÑOS.

Páginas de una sátira.

Comer, para vivir; este consejo
un filósofo dió del tiempo viejo:
vivir, para comer; dice don Roque:
grandísimo bodoque,

especie de pelota,
á quien la gente llama *cabezota*,
porque, en verdad, la gasta desmedida,
y entre los anchos hombros medio hundida.
Yo aquí su inteligencia no discuto;
mas el que vé su facha y vé su frente,
sin poder contenerse, dice:—¡Bruto,
irremisiblemente!—

El lleva el alta y baja
de todos los marcados madrileños,
y amenizan sus sueños,
no celestes visiones,
si no otros espectáculos sabrosos;
de Vich los succulentos salchichones,
haciendo mil piruetas
con doradas chuletas;
bailando los Lanceros
faisanas, como finos caballeros,

con tiernos cochinitos;
 y piernas de carneros
 ó magros solomillos,
 representando, al par, escenas bufas
 con perdices, atún, jamon y trufas.
 Habladle de Beethoven, de Cervantes,
 del divino Platon, Lope de Vega,
 Fidias, Goya, Murillo... y si no os pega
 ú os dirige miradas insultantes
 de lástima y desden, remanga el bezo
 y responde al sermón con un bostezo,
 ó con las yemas de los dedos toca
 sin cesar de su estómago la boca,
 especie de piano
 que entiende este individuo chabacano.
 Jamás él hizo apuestas
 por cosas grandes, útiles, honestas;
 mas, si se trata de empinar el codo
 y de llenar la andorga,
 se calla imbécil, y el que calla otorga,
 ó alegre se le rie el cuerpo todo;
 mas de este ó aquel modo
 apostará con otro barbarote
 á quién es más gloton, más hotentote.
 Por los toros se pirra,
 y si olorosa mirra
 no quema este cabestro
 ante el gran Lagartigo ú otro diestro,
 á la arena echará con desparpajo
 pañuelos de valor y ricos puños
 de la Vuelta de Abajo.
 De corrobía en corrobía
 vive este hombre feliz; y aunque le acecha
 cólico fulminante con su flecha,
 él romperse podrá, mas no se dobla.
 Como bravo artillero
 muere al pié del cañón: hay quien sospecha
 que este, hasta, cierto punto, caballero,
 ha jurado morir muerte gloriosa,
 corona de su vida,
 celebrando una espléndida comida
 que le haga reventar, si no le hiere
 ántes, por otras ciento, el miserere.

No olvidaré al insigne Cacaseno,
 señor de iniciativa nada escasa,
 profeta de lo malo y de lo bueno
 y testigo y actor de cuanto pasa.
 ¿Llueve?—Yo lo anuncié,—dice y respira
 dando crédito él mismo a su mentira.
 Pues señor, que no llueve á tres tirones.....

¡es claro! ¡si no entró en sus previsiones!
 —Baja la Bolsa: amigo don Chanchullo,
 compre papel y dobla su fortuna,
 ocasión no vendrá más oportuna,
 la confianza crece, no hay barullo—
 Compra papel su amigo,
 baja y baja la Bolsa, sube el trigo,
 y Chanchullo, de quiebra amenazado,
 vende el papel, de prisa,
 quedando poco ménos que en camisa;
 y exclama Cacaseno sorprendido:
 —Su desdicha me afije;
 le está bien empleado, ¿quién se embarca
 en la revuelta charca
 de la Bolsa á pescar?... Ya se lo dije:
 “Chanchullo, mire usted que no respondo,
 que hay celaje siniestro y mar de fondo.”—
 ¿Escribe para el teatro
 y aplauden la obra nueva
 en que otro escritor prueba
 que dos y dos son cuatro?
 Pues le pone, hecho un áscua,
 como ropa de páscua;
 segun él, le ha robado el pensamiento,
 el gran descubrimiento
 del siglo, que ignoraba
 que un dos con otro dos, cuatro sumaba,
 hasta que Cacaseno, con buen sino,
 á enseñárselo vino.
 El jardín que hoy adorna la plazuela,
 el edificio improvisado y bello,
 el sereno que vela,
 y la fuente que surte al vecindario,
 mejoras son tambien que algun plagiario,
 á quien él en secreto las expuso,
 aprovechó con lamentable abuso.
 ¿Por recios huracanes sacudida
 ayer cayó una torre?...
 sus ojos presenciaron la caída.
 ¿En la Puerta del Sol hubo carreras?
 por allí cabalmente transitaba
 Cacaseno al notarse las primeras;
 y así, de grado en grado, va subiéndolo
 al *summum* de la gloria que soñaba,
 este ser estupendo.

—
 La ilustre duquesita
 de la Montaña de Oro.
 supone que padece su decoro
 dignándose mirar á la que habita

ALBUM DE LA SOMBRA.



Modas de Señasoras.

ALBUM DE LA SOMBRA.



Sombrajo para espantar pajarracos federales.

rústica choza ó mísera garita,
 pues no de carne y hueso crece su casta,
 sino fino producto de otra pasta;
 y aunque de sangre colorada llenas,
 afirma que es azul la de sus venas.
 Ahondar quiere la línea divisoria
 que del comun rebaño la separa,
 y en medios no repara.
 Su lengua es pepitoria,
 caló particular, al que relieve
 dan el aire y extrañas contorsiones
 de las altas regiones,
 donde, como en Tetuan, hay puntos ricos
 en monas graciosísimas y micos.
 Su misión en la tierra es importante:
 poner la cabellera, que enamora
 al círculo elegante,
 en las manos de experta peinadora;
 dar que hacer y rabiár á la modista,
 que de su cuerpo la esbeltez exalta
 prestándole á la vez lo que la falta,
 ó aquello de que está poco provista.
 Ayúdale en la obra
 el zapatero, que sudando, ajusta
 á la estrecha medida un pié que á suelta,
 quitándole feroz lo que le sobra.
 Sus ímpetus soberbios
 paciente sufrirá quien no la iguala
 en el nivel de la social escala;
 pero nadie la toque.....;gasta nervios!
 comodín que le sirve á maravilla
 y de que usa y abusa la chiquilla.
 Cuando á este ser de dulce *coram vobis*
 se le exalta la bilis,
 no es poética Filis;
 decid "*ora pro nobis*"
 y que el cielo os ayude,
 pues suele ser un ángel que sacude,
 chillá, bufá y araña
 convertida en frenética alimaña.
 Pero vedla en el Prado.... ¡qué sonrisa!
 pasad á Recoletos,
 y si poeta sois, cosa es precisa
 que os inspire, lo ménos, diez sonetos.
 Si á los conciertos vais, donde Beethoven,
 y Weber, y Mozart, con otros muchos,
 encantan á señores ya machuchos,
 y á la vieja lo mismo que á la jóven,
 de seguro vereisla allí extasiada;
 parece que se abisma
 en los cielos su angélica mirada....

¡Qué chasco! de sí propia enamorada,
 sólo piensa en sí misma
 y en el fútil muñeco
 que enfrente bulle descarado y seco.
 La gloria, el triunfo magno
 de esta gentil donceilla,
 que obedece a su estrella,
 consiste en que se digan, no al oído,
 los que de ella se ocupan, si no fuerte:
 —Entretiene al marido
 de Fulano de Tal; dos generales
 por ella tienen hoy un duelo á muerte;
 y son dos animales,
 pues la moza, con ínfulas de reina,
 para ninguno de los dos se peina.
 Zutana, que colgado del pescuezo
 estrenó anteanoche un aderezo
 de esmeraldas y perlas,
 que daba gusto verlas,
 con el cual presumió que iba á dar golpe
 y dentera á otras hembras infelices,
 se quedó con un palmo de narices.
 La preciosa duquesa,
 como siempre magnífica y amable,
 (que estaba con el snyo incomparable)
 la dejó patitiesa—

Del cuarto estado, que interés me inspira,
 recorro los anales,
 y debo confesar que no es mentira,
 en él encuentro vicios garrafales.
 Ejemplo Cármen sea:
 la conoce en pañales
 diez y seis años há; ni era, ni es fea,
 si tampoco un prodigio de hermosura
 que con sólo mirar, á un hombre coma;
 pero noto que asoma
 la vejez en su calva prematura;
 que precoz arruguilla
 destruye la tersura
 de la rosada frente y la megilla;
 y que en los huecos de su boca, varios,
 hay ya muelas y dientes solitarios
 haciendo penitencia
 por yo no sé qué casos de conciencia.
 Desventurada niña,
 ¡flor que avaro ya pide el cementerio,
 (y aquí me pongo sério)
 no esperes que te riña
 y mi sátira agote
 en tu horrible miseria el duro azote!

Decir tan sólo intento
cuál es el pensamiento
que dormida y despierta
tus pasos todos por el mundo gufa,
y tu ambición febril mantiene alerta.
En el Rastro principia el mundo tuyo
y en Lavapiés acaba,
en tu oficio mostrándote tan brava,
que, en verdad, no te adulas
creyéndote la chula de las chulas.
Este tu sueño fué, tu ideal éste,
desde que cierta bruja Celestina,
que mate mala peste,
abrió contigo á solas,
con discursos melosos y floridos
horizontes á tí desconocidos.
Desde entónces acá, marchando suelta,
sin lazo alguno que á tu hogar te ligue,
la más cínica moza y desenvuelta
en obras y lenguaje,
te rinde vasallaje.
En figon, en taberna y merendero,
el bebedor primero
ántes en sus entrañas que tú siente
el efecto infernal del aguardiente;
y porque no se eacalle
su carro, el que recoge la basura,
ébría te levantó ¡débil criatura!
cien veces del arroyo de la calle.
¡Mira tú, qué grandeza
la que en tí, simplecilla mariposa,
que á la pérfida luz volaba ansiosa,
todo lo grande por matar empieza!

Corro al teatro de los Bufos; lleno
está de bote en bote;
Madrid, Madrid entero da su escote,
aunque el cartel no anuncie que hay estreno.
Todo grande es allí; grande la escena,
donde se vé luchar (como en la arena
de Roma un tiempo, el gladiador valiente
y el leon africano) con la musa,
del can-can nauseabundo inspiradora,
el público pudor, que no la acusa,
y el desprecio viril que aún atesora,
sobre la infame descargar rehusa.
Grande el autor se juzga (y de él me duelo)
que por matar el hambre que le asedia,
en farsa que abortó levanta el velo
con que un arte, más noble y casto un día,
supo cubrir lo que cubrir debía.
Grande también, con superior grandeza,
júzgase la infeliz que se destoca
del manto virginal de su pureza,
y cínica provoca
el popular aplauso y vil deseo
con impúdica danza y contoneo;
mientras en un rincón, apesarado,
hay quien duda (supongo)
si la escena es escena, ó es mercado
de picante mondongo,
donde, previo el importe de derechos,
se exponen piernas y lascivos pechos;
ó en fin, escuela de virtud (¡quién sabe!)
pues que la niña vá y el hombre grave,
y todos salen de ella satisfechos.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA FEA.

AUTOPSIA.

— ¡Creo en el diablo....!
— Y yo en Dios....
Ambos estaban en su papel.
BALZAC.

I.

El asunto no puede ser más difícil.
cultoso.

Todos saben lo que es una *fea*; pero no todos lo comprenden: han visto el abismo; pero no han meditado su profundidad.

El retrato de la *fea* es más que una descripción, más que un análisis físico-

lógico, más que una autopsia moral: es un problema filosófico, social, religioso, presentado en primera instancia á la resolución de la justicia humana, y en apelación á la justicia divina.

NOTA.—Parecerá extraño que ni una vez, en el curso de esta disertación, nos hagamos cargo del *feo*; pero advertiremos de paso que este es un ser imaginario, un nombre convencional: el *feo* no existe, ó, más bien dicho, todos los hombres pertenecen al *sexo feo*; y sabido es que en un pue-

blo donde todos fuesen reyes, no existiría ningún rey.

La cuestión versa, pues, acerca de las escepciones del *bello sexo*.

II.

En la dilatada familia de las *feas*, como en todas las razas clasificadas por los naturalistas, hay un prototipo, un modelo, un ser primitivo de pura casta, figura clásica en su género, sublime y refinada.

Este ideal es el que perseguimos.

Para encontrarlo imitaremos á Linneo.

En primer lugar hay *fea natural* y *fea accidental*.

Fea natural es la destinada *ab initio* por el Criador para mártir.

Fea accidental es la que, por efecto de viruelas, epilepsia ú otro cualquier accidente, se vuelve *fea* despues de nacida.

Por consiguiente, la *fea natural* es la genuina: puesto que trae en su alma los gérmenes de su mision; es decir, que la naturaleza, siempre próvida, la ha dotado de una alma de *fea*.

En cuanto á la *fealdad accidental*, no imprime carácter.

La *fea natural* se subdivide en *graciosa* y *sin gracia*.

La *fea graciosa* no pertenece á este artículo: la *gracia* es una segunda belleza, que suple por la primera, y á veces la sobrepuja, neutralizando sus efectos.

La *fea-natural-sin-gracia* camina ya al perfeccionamiento del tipo, y aún se distingue en *discreta* y en *tonta*.

La *fea-natural-sin-gracia-tonta*, puede decirse que no existe; más cuando se da este fenómeno, acontece que las cualidades se desvirtúan mutuamente, produciendo un resultado neutro, estéril para la *fisiología-moral*.

Lo probaremos.

La *tontería de la fea* no es otra cosa que un velo de ilasion colocado ante sus ojos, mediante el cual se cree bonita y atribuye á *respeto* el desden de los hombres, propalando que no

quiere casarse, ¡cosas todas que se cree la infeliz á puño cerrado! Esta especie presumida y pedantesca, donde no obra el espíritu corrosivo de la fealdad, abunda poco en las *naturales*, siendo muy comun en las *accidentales*.

Por el contrario, la *fea-natural-sin-gracia-discreta*, la *fea* sensible, la *fea* convencida de que lo es, adquiere un ciento por ciento de importancia filosófica, y es la que vamos buscando.

Pero aún puede perfeccionarse más la especie, haciendo una cuarta clasificación en *rica*, *pobre* y *de la clase media*.

La *fea-natural-sin-gracia-discreta-rica* apenas puede concebirse.

Es un racimo de palabras huecas.

Fea y *rica* no puede ser.

El oro es la luz, y la luz disipa las tinieblas.

La fealdad, ceñida con la aureola de *D. Felix Utroque*, se convierte en hermosura, ó, cuando ménos, es adulada, festejada, mimada por los codiciosos.

La *fea rica* se casa, y por lo tanto degenera.

Convengamos en que no existe.

La *fea-natural-sin-gracia-discreta-pobre*, es un pleonasma, una redundancia.

Volved del revés las razones antedichas.

Pobre es sinónimo de *fea*.

Los harapos por sí solos nos hacen quitar los ojos de la persona que los lleva.

Las manos negras nunca son bien formadas.

Un rostro súcio y asoleado, un cabello desaseado y revuelto, el olor de Dulcinea, y otras circunstancias por el estilo, convierten á la *mujer*, cuando más, en *hembra*, si ya no es que la reducen á *cosa*, y *cosa* vitanda por más señas.

Además, las bocas con hambre nunca son bonitas. La lástima es enemiga del amor.

Esto en cuanto al que las vé.

Por lo que hace á las mismas *po-*
bres, tampoco se dan cuenta de su de-
formidad.

O, más bien, no sienten su compli-
cado dolor.

Quando se piensa en el estómago
se olvida lo demás.

Acaso tambien la fealdad evita tor-
mentos á la pobreza; porque quita á
la doncella indigente la posibilidad
de pretendientes y pretensiones, pri-
vándola además de los refinamientos
de juicio que proporciona la educa-
cion.

O, lo que es lo mismo, le evita la
infamia, el rencor y hasta mucha par-
te de la conciencia de su desgracia.

De consiguiente, queda el tipo des-
prestigiado.

Hénos, pues, ya enfrente de nues-
tra heroína: la *fea-natural-sin-gracia-*
discreta-de-la-clase-media.

¡De la clase media!

Pensad esta circunstancia.

Ni noche ni dia...

Siempre crepúsculo.

¡Agonia eterna!!

III.

La fealdad es necesaria: sin fealdad
no hay belleza: donde todo es igual,
nada es sublime: de la comparacion
brota el mérito: si todas las mujeres
que hay en la tierra fuesen *Adrianas*
de Cardoville ó *Dianas de Meridor*, se
buscaria una *fea* como un tesoro ina-
preciable, ó mejor dicho, lo *feo* seria
entónces lo *hermoso*.

Hay, sin embargo, una compensa-
cion, á que ya hemos aludido.

La *fea nata*, ó más bien *innata*, re-
cibe en el vientre de su madre una
grande alma, hermosa, sensible y fe-
cunda en ingenio.

Apelo á todos los jorobados de la
tierra.

Despues estas *almas de feas* son tor-
cidas, escépticas, lúgubres, desconfia-
das... ¡lo sabemos!!!

Pero es que la sociedad las vicia.

¡La *fea* que no sea santa tiene que
ser diablo!

¡Mas, seguid una vez meteros
en el corazon de una *fea*: atravesad
con vuestro afecto ó vuestra compa-
sion aquellas cortezas de desengaños,
de desprecios, de angustias secretas,
de decepciones horribles, y encontra-
reis el más puro oro, las más celestia-
les lágrimas!

IV.

Nace la *fea*; todos le ponen mala
cara: el padre retrocede: la madre se
abcehorna: despues la compadece...
finalmente la oculta.

No está orgullosa de su hija... Aca-
so teme tambien que diga alguna co-
madre:—¡*Vecina, tiene un aire de Vd!*

A esta hijastra de la naturaleza se
la cree indigna de un nombre francés
ó italiano: se llamará (nada de Julia,
nada de Eduarda, nada de Isolina,
nada de Amelia) Anselma, Bonifacia,
Cuasimoda ó cosa de este jaez.

Los primeros años de la *fea* los ha
descrito admirablèmente Honorato
Balzac en aquellos tipos relegados,
encogidos, tímidos, dolientes, que apa-
recen en algunas de sus obras como
víctimas de la doméstica tiranía y
juguete de la cruel hermosura.

Es de advertir que hay *feas* de *Je-*
sus! de *Jesus Maria!* y de *Jesus Ma-*
ria y José!

La última dá compasion. Un móns-
truo no es mujer.

La primera puede agradecer á un
escéptico.

La *del medio* es fatal, la predesti-
nada.

Otra vez término medio.

Desgarbada, verde, larga de pier-
nas y brazos, con el cuello de agarro-
tada, las manos huesosas, la mirada
repugnante, aunque impregnada de
cierta melancolia, la boca inútil para
la risa,—meteoró fisonómico que en
ella es una atroz descomposicion,—
sin armonía en las facciones, con la
boca algo distinta de la nariz, con la
nariz demasiado cerca ó demasiado
lejos de los ojos, con los dientes dis-

locados, con las orejas un poco grandes...—¡Héla ahí!

Es hábil, ingeniosa: ella sola se ha enseñado á leer, á escribir, á coser, á bordar, á hacer calceta, á picar papel y á fabricar dulces, flores de trapo y otras manufacturas primorosas.

Sabe religion y moral; tiene todo el almanaque en la memoria y el *Flos sanctorum* en la punta de los dedos; conoce muchos cuentos de vieja y muchas consejas de brujas, y es muy beata.

Me parece inútil deciros que todas estas habilidades son nuevas ridiculeces á los ojos de sus hermanos, de sus amigos y de todo el mundo, excepto á los de su madre.

Su madre le tiene un rencoroso amor, una profunda lástima: comprende su situacion y adivina su porvenir. La esconde, la protege y la quiere más que á todos sus hijos..... al cabo de cierto tiempo.

¡Por que la hermosura no sabe sentir nunca la abnegacion santa de la fealdad, y la abnegacion de los hijos debe ser la delicia de los padres!—Además que, ya ha dicho Luis Egulaz, con muchisima razon, que «siempre el padre quiere más al hijo que vale ménos.»

Una fea no tiene amor propio. Hé aquí la fuente de mil virtudes, que al cabo se envenenan. ¡Ay! sabido es que las aguas más puras, si se estancan y no encuentran desahogo concluyen por corromperse.

Y, sin embargo, la fea, durante su niñez, no cambiaría sus habilidades y su talento por la imbécil belleza de sus hermanas.....

Aún no sabe lo que le espera.

Aún no conoce el amor....

Va á llegar á los catorce años.

Aquí empieza la epopeya de los sufrimientos, la elegía del dolor.

Ha madurado el fruto.

La bñis toma incremento... La corona del martirio va á caer sobre la víctima.

¡Pobre fea!

V. ESTAMOS EN UN BAILE DE CONFIANZA DE CIUDAD DE CUARTO ORDEN; EN UNO DE ESOS BAILES IMPROVISADOS QUE EMPIEZAN LOS DOMINGOS POR LA TARDE, DESPUES DE UNA PROCESION.

Es de noche. Estamos en un baile de confianza de ciudad de cuarto orden; en uno de esos bailes improvisados que empiezan los domingos por la tarde, después de una procesion.

Hay un velon sobre una mesa: un jóven toca la guitarra en un rincón, y diez ó doce señoritas, vestidas de medio color, con trajes de lana y sin guantes ni prendidos, forman la femenil constelacion del sarao. Son hijas de lo mejor, de lo principalito del pueblo. Quince ó veinte jóvenes las están bailando hace dos horas: el júbilo es inmenso; la media luz favorable; el vals loco, rápido, jugueton.... Ya se atropellan; ya se caen....—Las esteras de esparto tienen esta ventaja.

Las madres, sentadas al brasero, velan por el orden público.

Las muchachas son alegres, bonitas algunas, agraciadas otras.....

Hay una sobre todo que lleva la palma.... Todos quieren bailar con ella.... Es una de esas beldades que donde quiera reinan, donde quiera dominan.....

Hay otra en un rincón que todavía no ha bailado ni una sola vez....

Es la fea.

Desde allí acecha, mira y devora.

¿Por qué no la sacan á ella? ¿Por qué no le dicen aquellos tonterías tan deliciosas que pueblan la sala? ¿Por qué no se sientan los hombres á su lado? ¿Qué bello es aquel jóven! ¿Qué grato será ir en sus brazos, empujada por la música! ¡Ah! Se acerca á ella... la mira con lástima... ¡Oh, nuevo puñal!

La compasion solamente lo ha conducido.

Ya llega...

La ha sacado á bailar.

¡Oh! ¡Pero qué levemente coje su talle! ¡Su talle que tiembla de placer! Apenas toca su man..... ¡Qué frialdad! ¡Está cumpliendo con un deber!

Y, sin embargo, ella tiene quince

años y encierra más amor en su alma que olas amargas el Océano.

Y, á pesar de esto, ella agradece aquel nuevo insulto. ¡Ella ama á quien la ha compadecido!

¡Si se atreviera á hablarle!

Pero él está distraído... tal vez fastidiado...

Se acaba el vals.... ¡Se han reído de ella!

Todas han bailado veinte veces. Ella una vez no más.

Ahora todas tienen á su lado un galanteador...

Ella está callada y tétrica; aislada y lúgubre como el reo en el banquillo fatal.

VI.

¡Qué amable, qué política, qué complaciente es una fea!

¡Y qué cruel es el hombre!

¡Ni una palabra, ni una mirada, ni un consuelo para la hijastra de la naturaleza!

La deja consumirse de amor, de sed, de desesperación... y no le dice:

— «¡Tú eres lo que yo buscaba!

¡Generoso corazón, ensánchate!»

Así se pasan los días de la juventud de la fea.

¡Cuántos séres ideales habrá forjado en su imaginación!

¡De cuántos hombres se habrá enamorado!

¡Cuántas veces se habrá consentido!

¡Cuántas otras habrá querido morir!

Doquier hay amor, goces, casamientos, hijos..... ¡Para ella, nada!

Y luego las novelas..... ¡las novelas!

Vedla hecha una poetisa.

O vedla hecha una devota, una monja, una santa.

O, más generalmente, vedla envenenada, mordaz, pervertida, diabólica.

¡Venganza! ¡Venganza!

¡Su corazón ha muerto!

¡Infeliz lunar, infeliz cabello, infe-

liz pliegue, infelices todas las faltas que tenga la hermosura!

La crítica, la murmuración, la calumnia levantan sus cabezas de serpiente.

Hé aquí sus máximas principales: «¡Desprecio á los hombres! ¡Guerra al amor!»

¡Desdichada!

«¡Viva la libertad, la independencia, el celibato!»

¡Qué ironía!

¡Sarcasmos sangrientos de un orgullo despedazado!

Tiene treinta años: ¡treinta siglos de amargura!

A su alrededor todo es luz; ella sombra: todo armonía; ella, silencio: todo vida; ella muerte.

¡Qué recuerdos tan espantosos! ¡qué esperanzas tan desesperadas!

¡Qué situación la suya!

¿Cómo no ha de renegar de los mortales, de la vida, de la dicha, de todo lo que existe?

¿Qué les debe?

¡Cuántos rios de lágrimas habrá derramado en la soledad de su lecho!

¡Qué fiebres habrá sofocado en su corazón estéril!

¡Qué horrorosas envidias habrán mordido las túnicas de su cerebro!

¡Qué violencia para disimular!

¡Qué torrentes de amor habrá tenido que refrenar en lo más recóndito de su alma!

La mujer tiene que callar! El hombre ansia y busca: la mujer ansia y sufre.

La hez de la sociedad es, á lo ménos, un refugio para el hombre ávido de placeres.

Pero la fea no encuentra postor en Constantinopla, ni lances de amor y fortuna en ninguna parte.

VII.

Estamos en los cuarenta años.

Resúmen.

La fea vuelve á ser sublime.

Es capaz de los sacrificios más heroicos.

Como no se agrada, se desvive por agradar.

Como no se ama, es toda abnegación.

Es la mejor amiga.

El mejor consuelo.

La mejor confidente.

La mejor protectora sobre todo: á la edad que ya tiene, cobra un maternal afecto á los jóvenes y se deja llamar *fea* y abrumar á desaires, con tal de tener una clientela bajo sus órdenes.

Llora en los duelos de todo el mundo.

Arregla noviazgos.

Vuelve á amar su talento y explota sus habilidades de niña para subsistir.—Sus padres han muerto: sus hermanos se han casado.

Se hace querer por su docilidad, por su amable trato, por sus buenas costumbres, por su bondad exquisita.

Se vuelve filósofa, pero filósofa cristiana.

Aspira al cielo, donde no hay feas ni bonitas.

Ama á Dios, porque sabe que para él su fealdad es un mérito.

¡Bienaventurados los que lloran!

Visita mucho los templos.

Va á misa mayor á la catedral, si hay catedral, y, si no, á la colegiata, y, si tampoco hay colegiata, á la parroquia mayor.

Suele ser jugadora.

Casi siempre avara.

Algunas veces maestra de miga (hoy directora de colegio.)

Viste muy oscuro.

Cuenta mil aventuras amorosas de su juventud.

Es muy atendida de los clérigos y de las madres de familia.

Va de tertulia á la oración á casa de las vecinas, y nadie va á su casa.

Da los días y no los recibe.

Vive para los demás.

Nadie para ella.

Envejece sin haber vivido, como otoño sin primavera.

Muere, y nadie la llora.

El Evangelio le promete el cielo.

PEDRO A. DE ALARCON.

¡LECTOR, ADDIO!

Si hasta aquí hemos llegado juntos, perdóname si te repito: — ¡Lector, *addio!*

El que dá lo que tiene no está obligado á más; y nosotros te hemos dado en este ALBUM, tan anunciado por unos, como esperado por otros, cuánto nos ha parecido útil para que sacudieses la modorra que debe estar apoderándose de tí.

¡El oro está al 126 por ciento! Esto es más que suficiente, para que se pegue uno un tiro, dos tiros, cuatro tiros y, sin embargo, nosotros hacemos de tripas corazón, y saltamos y bailamos que es un contento.

¿Y todo por quién? ¿Por quién ha de ser sino por tí, lector querido, que con tanta amabilidad recibes cada fin de mes, al cobrador, para pagarle un peso, limpio ó sucio, pero que al fin,

dice en claras letras que el « Banco pagará al portador » aquella cantidad

La ingratitud es un vicio más feo, que comer tierra, y no queremos darle albergue. Te agradecemos tu constancia y te procuramos pagar.

Si no te satisfaces, culpa no será de LA SOMBRA.

Echa una ojeada sobre este librito que *regalamos á todos* los suscritores.

A todos, ¿lo has entendido?

Regalado, ¿te has enterado ya?

Pues, bueno; sin contar con aquel proverbio que dice: « á caballo regalado no se le mira el colmillo, » tienes todavía que quitarte el sombrero y la tapa del cráneo, si no fuese suficiente, para decirnos:

—Nada; son Vds. el rumbo en pasta y la galantería en polvo.

Y nosotros, que somos muy finos

